

ANNA GAVALDA
La sal de la vida

Simone, Garance y Lola, tres hermanos que ya se han hecho tan mayores como sus obligaciones, huyen de una tediosa boda familiar para ir a reunirse en un pueblecito campestre con Vincent, su hermano pequeño. Olvidándose de hijos, divorcios y preocupaciones, vivirán un último día de infancia robado a su mundo de adultos.

Esta novela es un homenaje a los hermanos, compañeros imborrables de nuestra niñez. En sus páginas, chispeantes y espontáneas, Anna Gavalda nos regala una historia irresistible de libertad, un antídoto contra la monotonía y la tristeza.

OceanofPDF.com



Anna Gavalda

La sal de la vida

ePub r1.0

nalasss 24.05.14

OceanofPDF.com

Título original: *L'Échappée belle*
Anna Gavalda, 2001
Traducción: Isabel González-Gallarza
Ilustraciones: Emilio Urberuaga

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



OceanofPDF.com

Ni siquiera me había dado tiempo a sentarme, aún tenía medio cuerpo fuera del coche y la mano en la puerta, y ya se estaba metiendo conmigo mi cuñada:

—Pero bueno... ¿es que no nos has oído tocar la bocina? ¡Llevamos aquí diez minutos por lo menos!

—Buenos días —le contesté.

Mi hermano se dio la vuelta y me guiñó el ojo.

—¿Qué tal, guapa?

—Bien.

—¿Quieres que ponga tus cosas en el maletero?

—No, gracias. Sólo traigo este bolso, y el vestido... Lo voy a dejar aquí detrás, en la bandeja.

—¿Eso de ahí es tu vestido? —me preguntó mi cuñada con el ceño fruncido al ver el trapo arrugado sobre mi regazo.

—Sí.

—¿Y... qué es?

—Un sari.

—Ah... Ya... Ya veo...

—No, no lo ves —le repliqué, muy amable—, lo verás cuando me lo ponga.

Muequita por su parte.

—Qué, ¿nos vamos? —dijo mi hermano.

—Sí. Bueno, no... ¿Te importa parar un momento en la tienda de los chinos que hay al final de la calle? Tengo que comprar una cosa...

Mi cuñada suspiró.

—¿Se puede saber qué necesitas ahora?

—Crema para depilarme.

—¿Y la compras en los chinos?

—¡Huy, pero si yo lo compro todo en el bazar chino! ¡Todo, todito, todo!

No me creyó.

—Bueno, qué, ¿ahora ya sí podemos irnos?

—Sí.

—¿No te pones el cinturón?

—No.

—¿Por qué no?

—Me agobia —le contesté.

Y antes de que empezara a darme la vara con sus historias de accidentes gravísimos y hospitales para tetrapléjicos, añadí:

—Voy a dormir un poco. Estoy molida.

Mi hermano sonrió.

—¿Te acabas de levantar?

—Ni siquiera me he acostado —precisé en mitad de un bostezo.

Lo cual no era verdad, por supuesto. Había dormido unas horas. Pero lo dije para chingar a mi cuñada. Y de hecho lo conseguí, es que no falla, oye. Me encanta: con ella este tipo de cosas no fallan nunca.

—¿Dónde estabas esta vez? —refunfuñó, levantando los ojos al cielo.

—En mi casa.

—¿Dabas una fiesta?

—No, estaba jugando a las cartas.

—¡¿A las cartas?!

—Sí. Al póquer.

Sacudió la cabeza de lado a lado. Pero sin pasarse. Había ido a la pelu.

—¿Cuánto has perdido? —preguntó mi hermano, divertido.

—Nada. Esta vez he ganado.

Silencio ensordecedor.

—¿Y se puede saber cuánto? —preguntó por fin mi cuñada (que ya no aguantaba más), ajustándose sus carísimas gafas de sol sobre la nariz.

—Tres mil.

—¡Tres mil! Tres mil ¿qué?

—Pues... euros, ¿qué va a ser? —le contesté, haciéndome la tonta—. No querrás que apostemos rublos, sería un pelín complicado...

Me reía para mis adentros, acurrucándome en el asiento. Acababa de proporcionarle a mi querida Carine un motivo para darle al coco en lo que quedaba de trayecto...

Hasta mí llegaba el sonido de los engranajes de su cerebro poniéndose en movimiento:

Tres mil euros... Tactactactactac... ¿Cuántos champús y cuántas aspirinas tenía que vender ella para sacarse tres mil euros?... Tactactactactac... Más los impuestos de esto y lo otro, más el alquiler del local y menos el IVA... ¿Cuántas veces tenía ella que ponerse la bata blanca para ganar tres mil euros *netos*? Y la seguridad social de sus empleados... Suman ocho y me llevo dos... Y las pagas extra... Hacen diez, multiplicado por tres... Tactactactactac...

Sí. Me reía para mis adentros. Acunada por el ronroneo de su berlina, acurrucada en el asiento. Estaba bastante satisfecha, porque mi cuñada se las trae.

Mi cuñada Carine estudió Farmacia, pero prefiere que se diga que estudió *Medicina*; vamos, que es farmacéutica, pero prefiere que se diga *farmacéutico*; vamos, que tiene una farmacia, pero prefiere que se diga...

En nuestras conversaciones de sobremesa le encanta quejarse de su contabilidad y lleva una bata de cirujano abrochada hasta la barbilla con una etiqueta adhesiva con su nombre escrito entre dos caduceos azules. Actualmente vende sobre todo cremas reafirmantes para los glúteos y cápsulas de caroteno porque con eso se gana más, pero ella prefiere decir que ha *optimizado el sector de la parafarmacia*.

Mi cuñada Carine es de lo más previsible.

Cuando nos enteramos del chollazo de tener en la familia una proveedora de cremas antiarrugas, una distribuidora de Clinique, una representante de Guerlain, mi hermana Lola y yo nos tiramos a su cuello locas de alegría. ¡Menuda acogida le dimos aquel día! Le prometimos que desde ese mismo momento siempre iríamos a su farmacia a comprar, y hasta estábamos dispuestas a llamarla *doctora* y lo que hiciera falta con tal de hacerle la pelota.

¡Estábamos dispuestas a cruzarnos París de un extremo a otro en el tren de cercanías para ir a su farmacia! Y eso que no es moco de pavo para Lola y para mí cogernos el tren hasta su barrio, que está en el quinto pino.

Nosotras que sufrimos sólo de tener que alejarnos tres metros del centro.

Pero no fue necesario ir de excursión hasta allí porque nos cogió del brazo al final de ese primer almuerzo dominical y nos confió, bajando la mirada:

—Mirad, es queeeee... estooooooooo... no podré haceros descuento porqueeeee... si empiezo a hacerlo con vosotras, luego... o sea, tenéis que entenderlo... luego ya... luego ya no sabes decir «hasta aquí»...

—¿Ni siquiera un descuentito de nada? —replicó Lola, riéndose—. ¿Ni siquiera nos vas a regalar muestras?

—Ah, sí... —contestó ella, suspirando aliviada—. Sí, muestras sí, no hay problema.

Y cuando se marchó, sujetando con fuerza la mano de nuestro hermano para que no se lo quitara nadie, Lola rezongó, mientras les mandaba besos

desde el balcón: «¿Sabes lo que te digo? Que las muestras se las puede meter donde le quepan...».

Yo le di la razón y, sin más, cambiamos de tema y nos pusimos a sacudir las migas del mantel.

Ahora nos encanta tomarle el pelo. Cada vez que la veo le hablo de mi amiga Sandrine, que es azafata, y le cuento los descuentos que nos consigue en las tiendas *duty-free* de los aeropuertos.

Un ejemplo:

—Eh, Carine... adivina cuánto cuesta el Exfoliante doble regenerador de perlas de oxígeno con vitamina B12 de Estée Lauder.

En estos casos, nuestra querida Carine se pone a pensar y a pensar. Se concentra, cierra los ojos, revisa mentalmente su inventario, calcula su margen, le resta los impuestos y por fin suelta:

—¿Cuarenta y cinco?

Me vuelvo hacia Lola:

—¿Recuerdas cuánto te costó?

—¿El qué, perdona? ¿De qué estáis hablando?

—Del Exfoliante doble regenerador de perlas de oxígeno con vitamina B12 de Estée Lauder que te trajo Sandrine el otro día.

—¿Qué pasa con él?

—¿Cuánto te costó?

—Huy... Me vienes con unas preguntas así de repente... Pues unos veinte euros, creo...

Carine repite, atragantándose:

—¡Veinte euros! ¡El doble regenerador con vitamina B12 de Estée Lauder! ¿Estás segura?

—Sí, me parece que me costó eso, veinte euros...

—¡Buff, a ese precio sólo puede ser una imitación! Lo siento mucho, chicas, pero os han dado gato por liebre... Os han metido crema Nivea en un frasco falso y, hala, a correr. Siento mucho decíroslo —añade, triunfante—, ¡pero es un timo lo que os han vendido! ¡Un timo como una casa!

Lola se hace la muy abatida:

—¿Estás segura?

—Totaaaaaalllllmente, vamos. ¡Cómo si no supiera yo los costes de fabricación! La casa Estée Lauder sólo emplea aceites esencia...

Ése es justo el momento que elijo para volverme hacia mi hermana y preguntarle:

—¿La llevas en el bolso?

—¿El qué?

—Pues qué va a ser, la crema esta...

—No, no creo... ¡Ah, sí, a lo mejor sí...! Espera, que voy a mirar.

Vuelve con su frasco y se lo tiende a la experta.

Ésta se calza sus gafillas e inspecciona el cuerpo del delito de arriba abajo. La miramos en silencio, prendidas de sus labios y algo angustiadas.

—¿Y bien, doctora? —se aventura a preguntar Lola.

—Ah, pues sí, sí que es de Estée Lauder... Reconozco el olor... Y la textura... Los productos de Estée Lauder tienen una textura muy especial. Es increíble... ¿Y cuánto dices que te ha costado? ¿Veinte euros? Es increíble —suspira, guardando las gafas en su funda, la funda en el pequeño neceser de Biotherm y el pequeño neceser de Biotherm en su bolso de Tod's—. Es increíble... A ese precio no pueden sacar beneficios. ¿Cómo queréis que salgamos adelante si esta gente desbarata el mercado de esta manera? Es competencia desleal. Ni más, ni menos. Es... Así ya no hay margen... Esta gente... Es absurdo lo que hace esta gente. O sea, qué depresión...

Y, sumida en un abismo de perplejidad, se consuela removiendo largo rato su azucarillo sin azúcar en el fondo de su café sin cafeína.

En estos casos lo más difícil es conservar la calma hasta la cocina, pero una vez allí, estallamos en carcajadas. Si nuestra madre pasa por ahí en ese momento, se lamenta: «Mira que sois malas las dos...», y Lola responde, ofuscada: «¡Oye, que me ha costado setenta y dos eurazos el botecito de las narices!», y nos volvemos a partir de risa mientras llenamos el lavaplatos.

—Qué bien, con todo lo que has ganado esta noche por una vez vas a poder poner para la gasolina...

—Para la gasolina y para el peaje —precisé, frotándome la nariz.

No podía verlas, pero adivinaba su sonrisita satisfecha y sus manos bien estiradas, apoyadas sobre sus rodillas juntas y apretadas.

Levanté la cadera para sacarme un billetón del bolsillo del vaquero.

—Deja, no hace falta —dijo mi hermano.

A Carine le faltó tiempo para quejarse, con su voz de rata:

—Pero... hombre, Simon, no veo por qué n...

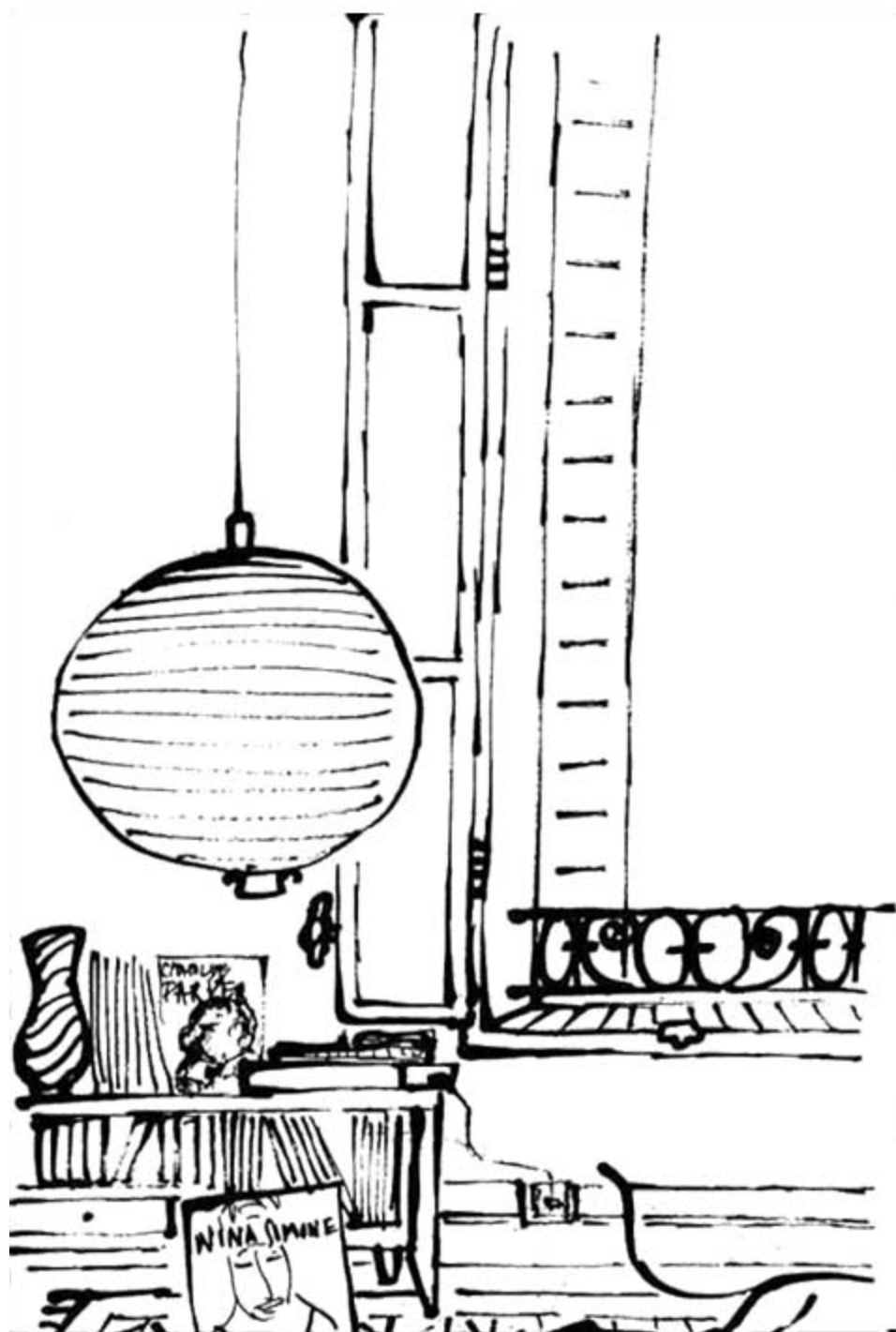
—He dicho que no hace falta —repitió mi hermano, sin levantar la voz.

Carine abrió la boca, la volvió a cerrar, se retorció nerviosa en el asiento, abrió otra vez la boca, se alisó el vestido, se tocó el pedrolo de la sortija, lo colocó como es debido, se miró las uñas, estuvo a punto de decir alg... pero al final optó por callarse.

El ambiente estaba tormentoso... Si Carine cerraba el pico significaba que habían discutido antes. Si Carine cerraba el pico significaba que mi hermano había levantado la voz.

Y eso ocurre tan pocas veces...

Mi hermano no se irrita nunca, nunca habla mal de nadie, no tiene malicia ni juzga a sus semejantes. Mi hermano es de otro planeta. De Venus, quizá...



Lo adoramos. A menudo le preguntamos: «Pero ¿cómo haces para ser tan tranquilo?». Él se encoge de hombros. «No lo sé». Insistimos: «¿Nunca te apetece perder los nervios? ¿Decir alguna vez cosas desagradables, cosas feas?».

«¿Para qué? Si para eso ya estáis vosotras, preciosas...», contesta con una sonrisa angelical.

Sí, lo adoramos. Y, de hecho, no somos las únicas, todo el mundo lo adora. Las niñeras que nos cuidaron de pequeños, las maestras del colegio, los profes del instituto, sus compañeros de trabajo, sus vecinos... Todo el mundo.

De pequeñas, tumbadas en la moqueta de su habitación, escuchábamos sus discos y le mangábamos los cigarrillos mientras él nos hacía los deberes. Nos entreteníamos imaginando nuestro futuro, y sobre el suyo predecíamos:

«Tú, como eres un pedazo de pan, seguro que te acabas echando de novia a la típica plasta que se cuelga de ti para siempre y ya no te suelta».

Bingo. Acertamos de lleno.

No me cuesta imaginarme por qué discutieron. Por mí, lo más seguro. Podría reproducir su conversación tal cual, palabra por palabra.

El día anterior por la tarde le pregunté a mi hermano si podía llevarme él. «Pues claro, qué pregunta...», me dijo al teléfono, medio haciéndose el ofendido, pero de broma, claro. Y entonces la pesada esta debió de cantarle las cuarenta porque por mi culpa tenían que dar un rodeo muy grande. Mi hermano debió de encogerse de hombros, y ella debió de insistir. «Hombre, cariño... es que para ir al Limousin... tener que pasar por la plaza de Clichy no es que sea atajar precisamente...».

Mi hermano debió de hacer un esfuerzo para aparentar firmeza, se fueron a la cama enfadados, y ella durmió en la casa de tócame Roque.

Por la mañana se levantó de mal humor. Y volvió a la carga mientras se tomaba su achicoria de cultivo biológico: «Es que también, la vaga de tu hermana, ¿qué le cuesta madrugar un poco y venir hasta aquí?... Porque vamos, no creo que su trabajo la tenga agotada, ¿o sí?».

Mi hermano no debió de contestarle. Seguramente estaba estudiando el mapa de carreteras.

Y ella se encerró enfadada en su cuarto de baño de diseño (recuerdo nuestra primera visita a su casa... Ella, con una especie de fular malva de muselina al cuello, yendo y viniendo de aquí para allá entre sus plantas de interior, comentando su palacio con voz engolada: «Aquí, la cocina... funcional. Aquí, el comedor... acogedor. Aquí, el salón... modulable. Aquí, el cuarto de Léo... lúdico. Aquí, el lavadero... indispensable. Aquí, el cuarto de baño... doble. Aquí, nuestro dormitorio... luminoso. Aquí, la...»). Era como si quisiera vendernos la casa. Simon nos acompañó a la estación, y, cuando ya nos separábamos, volvimos a decirle: «Qué bonita es tu casa...». «Sí, es funcional», repitió él, asintiendo con la cabeza. Ni Lola, ni Vincent ni yo dijimos una sola palabra en todo el camino de vuelta. Un poco tristes los tres, cada uno en su rincón, probablemente estábamos pensando lo mismo. Que habíamos perdido a nuestro hermano mayor y que la vida iba a ser mucho más ardua sin él...), después consultó su reloj unas diez veces por lo menos entre su residencia y mi calle, suspiró en cada semáforo, y cuando por fin tocó la bocina —porque fue ella, estoy segura—, no los oí.

Ayyyyyy, qué desgracia, madre, qué desgracia.

Simon de mi alma, cuánto siento hacerte pasar por todo esto...

La próxima vez me organizaré de otra manera, te lo prometo.

Me las apañaré mejor. Me acostaré temprano. No beberé más. No jugaré a las cartas.

La próxima vez sentaré la cabeza... Que sí, que sí, de verdad. Encontraré a un chico. A un buen chico. Blanco. Hijo único. Con carné de conducir y un 4x4 ecológico.

Me voy a pillar uno que trabaje en Correos porque su papá también trabaja en Correos, y que cumpla con sus veintinueve horas semanales sin ponerse nunca malo. Y que no fume. Lo he precisado en mi perfil de Meetic. ¿No me crees? Pues ya verás como sí. ¿De qué te ríes, tonto?

Así ya no te daré la tabarra el sábado por la mañana para que me lleves al campo. Le diré a mi cariñín de Correos: «¡Oye, cariñín!, ¿me llevas a la boda de mi primo con tu maravilloso GPS que incluye mapas de Córcega y de todas las antiguas colonias?», y ¡hala, asunto arreglado!

Que por qué te ríes como un tonto, te pregunto. ¿Te crees que no soy lo bastante lista como para hacer como las demás chicas? ¿Como para pillarme un chico bueno y simpático que siempre lleve en el coche su chaleco reflectante y no se salte nunca un semáforo? ¿Un novio al que le compraría calzoncillos en H&M en mi hora de descanso para comer? Oh, sí... Me emociono sólo de pensarlo... Un buen chaval, como Dios manda, sin complicaciones. Que venga con las pilas incorporadas y la libreta de ahorros.

Un chico que nunca se coma el coco con nada. Que no piense en nada más que en comparar los precios de las tiendas con los de los catálogos de venta por correo y me diga: «Si es que está claro, cariño, la diferencia entre Casto y Leroy Merlin es la atención al cliente, nada más...».

Y siempre entraríamos en casa por el sótano para no manchar el vestíbulo. Y dejaríamos los zapatos al pie de la escalera para no manchar los peldaños. Y seríamos amigos de los vecinos, que serían todos muy simpáticos y muy majos. Y tendríamos una barbacoa de obra, y sería una suerte para los niños porque la urbanización sería de alta seguridad, como dice mi cuñada, y...

Oh, qué felicidad.

Era demasiado horroroso. Tanto, que me quedé dormida.



Me desperté en una gasolinera cerca de Orleans. Medio atontada. Tarda de reflejos y con la boca pastosa. Me costaba abrir los ojos y me notaba el pelo extrañamente pesado. De hecho me lo palpé para asegurarme de que de verdad fuera pelo.

Simon esperaba en la cola para pagar. Carine se estaba empolvando la nariz.

Me fui a la máquina de café.

Tardé al menos treinta segundos en comprender que podía reciclar el vasito de plástico. Me bebí el café sin azúcar y sin ninguna convicción. Debía de haberme equivocado de botón. ¿No tenía un saborcillo como a tomate este capuchino?

Bufff. El día iba a ser muy largo.

Volvimos al coche sin intercambiar una palabra. Carine sacó una toallita húmeda de su neceser Vanity para desinfectarse las manos.

Carine se desinfecta siempre las manos cuando sale de un sitio público.
Por motivos de higiene.

Porque Carine ve los microbios.

Ve sus patitas peludas y su horrorosa boca.

Por eso nunca coge el metro. Tampoco le gustan los trenes. No puede evitar pensar en toda esa gente que habrá puesto los pies en los asientos y habrá pegado sus mocos debajo del reposabrazos.

Prohíbe a sus hijos que se sienten en los bancos de la calle o que toquen las barandillas de las escaleras. Le cuesta llevarlos al parque. Le cuesta subirlos al tobogán. Le dan repelús las bandejas del McDonald's, por no hablar ya del intercambio de cromos de Pokemon. Le ponen mala los carniceros que no llevan guantes y las vendedoras que no utilizan pinzas para servirle el *croissant*. Sufre con las meriendas compartidas del colegio y cuando llevan a los niños a la piscina, y ellos se dan la mano antes de intercambiarse sus micosis.

Para ella, vivir es una ocupación agotadora.

A mí me molesta mucho eso de las toallitas desinfectantes.

Eso de percibir siempre al otro como un montón de microbios. Mirarle siempre las uñas al estrecharle la mano. Desconfiar siempre. Escondese siempre detrás de la bufanda. Advertir siempre a sus hijos del peligro.

No toques. Está sucio.

Quita las manos de ahí.

No compartas.

No salgas a la calle.

¡Como te sientes en el suelo te doy una torta!

Lavarse siempre las manos. Lavarse siempre la boca. Hacer siempre pis en equilibrio diez centímetros por encima de la taza del váter y besar sin rozar con los labios. Juzgar siempre a las madres en función de lo limpias que estén las orejas de sus hijos.

Siempre.

Juzgar siempre.

Esto no huele nada bien. De hecho, a la familia de Carine le falta tiempo para despotricar en plena sobremesa sobre los extranjeros, y en especial sobre los musulmanes.

Los *moracos*, como dice el padre de Carine.

Dice: «Pago impuestos para que luego los moracos tengan diez hijos».

Y también: «Yo metería a toda esa chusma en un barco y los torpedearía a todos, es que no dejaría ni uno...».

También le gusta mucho decir: «Francia es un país de vagos, hala, todos a cobrar subsidios. Los franceses son unos gilipollas».

Y, a menudo, suele concluir así: «Yo trabajo los primeros seis meses del año para mi familia y los otros seis para el Estado, así que, ¡que no vengan a hablarme de los pobres y los parados, ¿eh?! Yo trabajo un día sí y otro también para que N'gonga pueda dejar preñadas a sus diez negratas culonas, así que, ¡a mí que nadie venga a darme lecciones de moral!».

Recuerdo un almuerzo en particular. No es un recuerdo agradable. Era el bautizo de la pequeña Alice. Estábamos todos reunidos en casa de los padres de Carine, cerca de Le Mans.

Su padre es gerente de un Casino (la cadena de supermercados, no la ruleta y el blackjack), y fue al verlo al final de su camino adoquinado, entre su farola de hierro trabajado y su maravilloso Audi, cuando de verdad comprendí el sentido de la palabra *fatuo*. Esa mezcla de estupidez y de arrogancia. Esa inquebrantable autosatisfacción. Ese jersey de cachemira azul celeste estirado sobre su barrigón y esa extraña manera —tan cálida— de estrecharte la mano odiándote ya de entrada.

Siento vergüenza cuando pienso en ese almuerzo. Siento vergüenza y no soy la única. Me imagino que Lola y Vincent tampoco se deben de sentir muy orgullosos de sí mismos...

Simon no estaba presente cuando la conversación degeneró. Estaba en un rincón del jardín de la casa, construyéndole una cabaña a su hijo.

Debe de estar acostumbrado ya. Debe de saber que es mejor estar bien lejos del bueno de Jacquot cuando se lanza a despotricar.

Simon es como nosotros: no le gustan las discusiones de final de banquete, teme los conflictos y huye de los enfrentamientos. Sostiene que es energía mal empleada y que hay que conservar las fuerzas para combates más interesantes. Que la gente como su suegro son batallas perdidas de antemano.

Y cuando le hablan del auge de la extrema derecha, sacude la cabeza de lado a lado y dice: «Bah... Es como el lodo en el fondo de un estanque. Tiene que estar ahí a la fuerza, es humano. Pero es mejor no removerlo para que no suba a la superficie».

¿Cómo consigue soportar esas comidas familiares? ¿Cómo consigue ayudar a su suegro a podar el seto?

Piensa en las cabañas de Leo.

Piensa en el momento en que cogerá a su hijo de la mano y se adentrará con él en el sotobosque silencioso.

Siento vergüenza porque aquel día nos quedamos callados como cobardes.

Una vez más, nos volvimos a quedar callados como cobardes. No nos atrevimos a protestar por las estupideces que soltaba ese tendero rabioso que nunca verá más allá de sus narices.

No le llevamos la contraria. No nos levantamos de la mesa. Seguimos masticando despacio cada bocado, contentándonos con pensar que ese tipo era un idiota, haciendo lo imposible por seguir amparándonos en lo que nos quedaba de dignidad.

Pobres de nosotros. Qué cobardes somos, pero qué cobardes...

¿Por qué somos así todos, los cuatro? ¿Por qué nos impresionan los que gritan más que los demás? ¿Por qué nos amilanamos ante los agresivos?

¿Qué nos pasa? ¿Dónde termina la buena educación y dónde empieza la cobardía?

Lo hemos comentado a menudo entre nosotros. Hemos entonado nuestro *mea culpa* un montón de veces ante porciones de pizza y ceniceros improvisados. No necesitamos que nadie nos calle la boca. Ya somos mayorcitos para ponernos la mordaza nosotros mismos, y por muchas botellas vacías que acumulemos, siempre llegamos a la misma conclusión: que si somos así, callados y decididos pero siempre impotentes frente a los estúpidos es precisamente porque no tenemos la más mínima confianza en nosotros mismos. No nos queremos.

No nos queremos a nosotros mismos, me refiero.

No nos creemos lo bastante importantes.

Lo bastante importantes como para escupirle a la cara al padre de Carine. Lo bastante importantes como para creer un solo segundo que nuestros gritos de indignación puedan desviar el curso de sus pensamientos. Lo bastante importantes como para esperar que nuestros gestos de asco,

arrojando las servilletas arrugadas sobre la mesa y volcando las sillas, puedan cambiar de alguna manera la marcha del mundo.

¿Qué habría pensado este buen contribuyente al vernos sulfurarnos así y marcharnos de su casa con la cabeza bien alta? Pues se habría limitado a darle la barrila a su mujer toda la noche repitiendo: «Mira estos niños estúpidos. Pero ¿tú has visto qué niños? Hay que ser gilipollas...».

¿Por qué imponerle ese mal rato a esa pobre mujer?

¿Quiénes somos nosotros para aguarles la fiesta a veinte personas?

También se puede sostener que no es cobardía. Se puede admitir también que es sensatez. Admitir que sabemos tomarnos las cosas con un poco de distancia. Que no nos gusta meternos en berenjenales. Que somos más honrados que toda esa gente que habla y habla pero en realidad no hace nunca nada por ayudar a nadie.

Sí, así es cómo nos consolamos. Recordando que somos jóvenes y demasiado lúcidos ya. Que estamos muy por encima de todo eso, donde la estupidez apenas nos alcanza. Nos reímos de la estupidez ajena. Nosotros tenemos otra cosa. Nos tenemos a nosotros. Somos ricos, pero de otra manera.

Basta con asomarnos a nuestro interior.

En nuestra cabeza hay montones de cosas. Montones de cosas que quedan muy lejos de esas tonterías racistas. Cosas como música y escritores. Senderos, manos y escondites. Trocitos de estrellas fugaces anotados en recibos de tarjetas bancadas, páginas arrancadas, recuerdos felices y recuerdos horribles. Canciones y estribillos que siempre recordamos. Mensajes guardados, libros importantes, ositos de gominola y discos rayados. Nuestra infancia, nuestras soledades, nuestros primeros amores y nuestros proyectos de futuro. Todas esas horas buscando escondites y todas esas puertas custodiadas en los baños del colegio. Esos saltos increíbles que pegaba Buster Keaton. La carta a la Gestapo del escritor Armand Robin y el ariete de las nubes del poeta Michel Leiris. La escena de *Los puentes de Madison* en la que Clint Eastwood se vuelve

diciendo *Oh... and don't kid yourself Francesca...* y esa otra de *La mejor juventud* en que el psiquiatra Nicola Carati apoya a sus enfermos maltratados en el juicio contra su verdugo. Los bailes del 14 de julio en Villiers. El olor de los membrillos en el sótano. Nuestros abuelos, los libros que leíamos de niños, nuestras fantasías de provincianos y los agobios la víspera de un examen. La gabardina de Mam'zelle Jeanne, la novia de Gaston Lagaffe, cuando se sube de paquete en su moto. El cómic *Los pasajeros del viento* de François Bourgeon y las primeras líneas del libro de André Gorz a su mujer que Lola me leyó anoche por teléfono después de tirarnos una hora despotricando sobre el amor: «Vas a cumplir ochenta y dos años. Has menguado seis centímetros, sólo pesas cuarenta y cinco kilos, y sigues siendo hermosa, encantadora y deseable». Marcello Mastroianni en *Ojos negros* y los vestidos de Balenciaga. El olor a polvo y a pan duro de los caballos al bajar del autobús por las tardes. Los Lalanne en sus talleres separados por un jardín. La noche en que pintamos la calle les Vertus y aquella otra en que escondimos una piel de arenque bajo la terraza del restaurante en el que trabajaba el tarugo de Sartén Tefal, el ex de mi hermana. Y ese trayecto, tumbados sobre cartones en la trasera de una camioneta, mientras Vincent nos leía de cabo a rabo *De cadenas y hombres*, de Robert Linhart. La cara que puso Simon cuando escuchó a Björk por primera vez en su vida y a Monteverdi en el aparcamiento del Macumba.



Todas esas tonterías, todos esos anhelos y nuestras pompas de jabón en el entierro del padrino de Lola...

Nuestros amores perdidos, nuestras cartas rotas y los amigos con los que hablábamos por teléfono. Esas noches memorables, esa manía de cambiarlo todo siempre de sitio y ése o ésa a quien empujaremos cuando corramos detrás de un autobús que no nos habrá esperado.

Todo eso y mucho más.

Lo suficiente para no magullarse el alma.

Lo suficiente para no intentar discutir con los imbéciles.

Que se pudran.

Se acabarán pudriendo de todas formas.

Se pudrirán solos, y mientras nosotros estaremos en el cine, tan contentos.

Esto es lo que nos decimos para consolarnos de no habernos levantado de la mesa aquel día.

Nos recordamos también que todo eso, esa aparente indiferencia, esa discreción, y esa debilidad también, todo eso es culpa de nuestros padres.

Culpa suya, o gracias a ellos.

Porque fueron ellos quienes nos enseñaron los libros y la música. Fueron ellos quienes nos hablaron de otras cosas y nos obligaron a verlo todo de otra manera. Más alto, más lejos. Pero fueron ellos también quienes olvidaron enseñarnos a confiar en nosotros mismos. Pensaban que no hacía falta, que la confianza la adquiriríamos solos, de forma natural. Que teníamos talento para la vida y que los halagos nos estropearían el ego.

Se equivocaban.

La confianza no la adquirimos nunca.

Y aquí estamos ahora. Somos unos inútiles sublimes. Callados frente a los exaltados, con nuestras protestas fallidas y nuestras vagas náuseas.

Demasiada crema pastelera quizá...

Recuerdo que un día estábamos toda la familia en una playa cerca de Hossegor —y era raro que estuviéramos toda la familia en algún sitio, porque la Familia con mayúscula nunca ha sido nuestro fuerte exactamente — y nuestro Pop (nuestro padre nunca quiso que lo llamáramos papá, y, cuando la gente se extrañaba, contestábamos que era por lo de Mayo del 68. Era una explicación que nos gustaba mucho, «Mayo del 68», era como un código secreto, era como decir «es que viene del planeta Zorg»), nuestro Pop, como digo, seguramente levantó la vista de su libro y dijo:

—Niños, ¿veis esta playa? —(La Costa de Plata, en las Landas, bañada por el Océano Atlántico, ¿os hacéis una idea?)—. Bien, ¿pues sabéis lo que sois vosotros en el universo? —(¡Sí! ¡Unos niños sin permiso para comprarse un helado!)—. Sois ese grano de arena. Ese granito de arena. Nada más.

Nos lo creímos.

Y así nos va.

—¿A qué huele? —preguntó Carine, inquieta.

Me estaba untando en las piernas la pasta que me había dado la mujer de Li, el del bazar chino.

—Pero ¿¿qué es ese mejunje?!

—No lo sé. Creo que es pasta de arroz mezclada con cera de abejas o algo así...

—¡Qué horror! Vaya asco. ¿Y no se te ocurre nada mejor que ponerte a untarte eso aquí, en nuestro coche?

—Qué remedio... No querrás que vaya a la boda así. Parezco el yeti.

Mi cuñada se dio la vuelta, suspirando.

—Bueno, pero ten cuidado con los asientos... Simon, apaga el aire acondicionado, que voy a bajar la ventanilla.

...*por favor*, añadido yo por lo bajini.

La mujer de Li había envuelto el mazacote de pasta de arroz en un trapo húmedo y me había dicho: «Ven a verme la próxima vez. Ven a verme, tengo algo para ti. Para tu jardín de amor. Verás qué contento tu novio cuando yo te lo quite todo, contento contigo, le podrás pedir todo lo que quieras...», me aseguró, guiñándome un ojo.

Se me escapó una sonrisa. Pequeña, porque acababa de manchar el reposabrazos, y con una mano seguí untándome mientras con la otra trataba de quitar la mancha con unos kleenex. Qué desastre.

—¿Y también te vas a vestir en el coche?

—Pararemos antes un momento en algún sitio... ¿No, Simon? ¿A que me vas a encontrar un rinconcito escondido en algún lado, un senderito en el bosque o algo así?

—¿Que huela a avellanas?

—¡Por ejemplo, no espero menos de ti!

—¿Y Lola? —preguntó Carine.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Va a venir?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —preguntó, dando un respingo, extrañadísima.

—No. No lo sé.

—Es increíble... Con vosotros, no se sabe nunca nada. Siempre igual. Siempre es todo como vago, todo queda como en el aire. ¿Es que no podéis organizaros un poco de vez en cuando? ¿Aunque sólo sea un poquitín de nada?

—Hablé ayer con ella por teléfono —contesté secamente—. No se encontraba muy allá y todavía no sabía si vendría o no.

—Vaya, qué raro...

Buf, qué poco me gustaba ese tonillo condescendiente...

—¿Qué es lo que te parece raro? —le espeté.

—¡Huy, nada! Nada de nada. ¡Con vosotros ya nada me parece raro! Y si Lola está así, también es culpa suya, ella misma se lo ha buscado, ¿no? Porque vamos, es que tiene el don de meterse en unos líos que para qué... A quién se le ocurre...

Veía a Simon fruncir el ceño en el retrovisor.

—Aunque bueno, yo no digo nada, ¿eh...?

Pues eso. Exactamente. No digas nada.

—El problema que tiene Lo...

—Calla —la interrumpí a tiempo—, calla. No he dormido lo suficiente... Otro día me lo cuentas.

Carine adoptó su aire hastiado de siempre:

—De todas formas, en esta familia nunca se puede decir nada. En cuanto haces el más mínimo comentario sobre alguno, los otros tres hermanos se te tiran a la yugular, vamos, es que es ridículo.

Simon buscaba mi mirada.

—¿Y encima te hace gracia? ¡Os hace gracia a los dos! Vamos, es que no tiene ningún sentido. Sois pueriles. Con vosotros no se puede ni opinar. Como no queréis oír nada, no se puede decir nada, y como nadie dice nunca nada, pues claro, sois intocables. Nunca os juzgáis. Pues yo os voy a decir lo que pienso...

¡Pero que nos trae al paio lo que pienses, bonita mía!

—Pues pienso que esta especie de proteccionismo vuestro, esto de «somos una piña y los demás podéis iros al cuerno» no es sano para vosotros. No es en absoluto constructivo.

—Pero ¿y qué es constructivo en este pobre mundo, Carine?

—Buf, y eso también, basta ya, qué pesadez. Qué pelmas sois con vuestra filosofía de Sócrates desencantados. A vuestra edad resulta patético. Bueno, ¿y qué, has terminado ya con esa pasta pegajosa tuya? Porque vamos, es que da asco sólo de verla...

—Sí, sí —la tranquilicé, haciendo rodar la bola sobre mis pantorrillitas blancuzcas—, no me queda nada ya.

—¿Y después no te vas a poner crema? Ese mejunje te ha soliviantado los poros, ahora tienes que rehidratarlos, si no te van a salir puntos rojos y ya no te los quitas hasta mañana.

—Mierda, no me he traído ninguna...

—¿No tienes una crema de acción fuerte?

—No.

—¿Ni una crema de día?

—No.

—¿Ni una crema de noche?

—No.

—¿No tienes nada?

Estaba horrorizada.

—Sí, tengo un cepillo de dientes, pasta de dientes, mi perfume *L'Heure Bleue*, preservativos, rímel y una barra de brillo de labios rosa.

Carine no se lo podía creer.

—¿Eso es todo lo que llevas en el neceser?

—Bueno... Lo llevo en el bolso. Es que no tengo neceser.

Suspiró, se puso a rebuscar como una loca en su Vanity y me tendió un gran tubo blanco.

—Anda, échate esto...

Le di las gracias con una enorme sonrisa. Se puso contenta. Mi cuñada es una pesada de tres pares de narices, es verdad, pero es muy atenta con la gente. Eso al menos hay que reconocérselo...

Y no le gusta dejar que los poros sigan soliviantados. Le parte el corazón.

Un momento después añadió:

—Garance...

—¿Mmmm...?

—¿Sabes qué es lo que me parece de verdad súper injusto?

—El margen de beneficios de Marionnaud...

—Pues que aun así estarás muy guapa. Con nada más que una sombrita de brillo de labios y un poquito de rímel, estarás guapa. Me duele decírtelo, pero es la verdad...

No me lo podía creer. Era la primera vez en años que me decía algo amable. Casi me dieron ganas de darle un beso, pero ella se encargó de quitármelas enseguida:

—¡Eh! ¡Que te estás echando todo el tubo! Y no es una crema L'Oréal de andar por casa, mira tú por dónde...

Qué típico de Carine... Por miedo a que alguien pueda pensar que es débil, te suelta sistemáticamente una pullita después de la caricia.

Es una pena. Se pierde muchos momentos buenos. Habría sido un momento bueno para ella si me hubiera tirado a su cuello sin avisar. Un beso sonoro entre dos camiones... Pero no. Siempre tiene que estropearlo todo.

Me digo a menudo que tendría que invitarla unos días a mi casa para enseñarle a vivir.

Enseñarle a que baje de una vez la guardia, a que se relaje, a que se quite la bata blanca y olvide los miasmas de los demás.

Me da lástima saber que es así, que está encerrada en sus prejuicios y que es incapaz de sentir ternura. Y entonces recuerdo que la criaron los alegres y encantadores Jacques y Francine Molinoux en un callejón sin salida de un barrio periférico de Le Mans, y que, habida cuenta de todo ello, podría haber sido mucho peor...

La tregua no duró, y fue Simon quien pagó el pato:

—No conduzcas tan deprisa. Cierra los pestillos, estamos llegando al peaje. ¿Qué emisora es ésta? Tampoco hace falta que vayas a veinte por hora. ¿Por qué has bajado el aire? Cuidado con las motos. ¿Estás seguro de que ese mapa es el bueno? Oye, ¿te importa que nos dé tiempo a leer los carteles? Qué tontería, allí seguro que la gasolina era más barata... ¡Cuidado en las curvas, ¿no ves que me estoy pintando las uñas?! Pero... ¿lo haces aposta o qué?

Veo la nuca de mi hermano sobre el reposacabezas. Su bonita nuca recta y su pelo cortito.

Me pregunto cómo lo soporta y si no sueña alguna vez con dejarla atada a un árbol y marcharse a toda velocidad.

¿Por qué le habla con tan poco respeto? ¿Sabe siquiera a quién se dirige de ese modo? ¿Sabe siquiera que el hombre sentado a su lado era un dios de las maquetas? Un as del Mecano. Un genio del Lego System.

Un niño paciente que se tiró varios meses construyendo un planeta increíble con musgo seco para hacer el suelo y unos horribles animalillos moldeados con miga de pan y envueltos en telarañas.

Un chavalín tenaz y perseverante que participaba en todos los concursos y los ganaba casi todos: los de Nesquick, Danone, Babybel, Caran d'Ache, Kellogg's y el club Mickey.

Hubo un año en que su castillo de arena era tan, tan bonito que el jurado lo descalificó, acusándolo de que lo habían ayudado a hacerlo. Lloró toda la tarde, y nuestro abuelo tuvo que llevarlo a una *crêperie* para consolarlo. Se tomó tres vasos de sidra seguidos.

Su primera borrachera.

¿Es consciente siquiera de que el encanto de su maridito llevó día y noche durante meses una capa de Superman de satén rojo que doblaba con mucho cuidado y guardaba en su cartera antes de franquear la verja del colegio? Era el único niño que sabía arreglar la fotocopidora del ayuntamiento. Y el único también que le vio las bragas a Mylène Carois, la niña de la carnicería Carois e hijos. (No se atrevió a decirle que no le interesaba demasiado...).

Simon Lariot, el discreto Simon Lariot, que siempre ha llevado una vida tranquila y feliz, sin molestar a nadie.

Que jamás cogió una rabieta, que jamás le exigió nada a nadie, que jamás se quejó de nada. Que aprobó con notazas los cursos de preparación para el examen de ingreso en la Escuela de Minas y luego se sacó la carrera con un expediente brillante, y lo hizo sin agobios y sin tener que doparse con Ténormine. Que no quiso celebrar su triunfo y se sonrojó hasta la raíz

del pelo cuando la directora del instituto Stendhal lo besó en plena calle para felicitarlo.

El mismo niño grande capaz de reírse como un tonto durante veinte minutos de reloj cuando se fuma un porro y que se sabe *todas* las trayectorias de *todas* las naves de *La Guerra de las Galaxias*.

No digo que sea un santo, lo que digo es que es mejor aún que un santo.

Entonces ¿por qué? ¿Por qué se deja pisotear así? Misterio. Mil veces me han entrado ganas de sacudirlo, de abrirle los ojos y pedirle que diera un puñetazo en la mesa. Mil veces.

Un día Lola lo intentó. Simon la mandó a paseo y le contestó que era su vida.

Es verdad. Es su vida. Pero a quienes nos da pena es a nosotros.

Por otra parte, es una tontería. Como si no tuviéramos ya bastante con nuestros propios problemas...

Con Vincent es con quien más habla. Gracias a Internet. Se escriben todo el rato, se mandan chistes malos y direcciones de páginas web para encontrar discos de vinilo, guitarras de segunda mano o forofos de las maquetas. Así, Simon se ha hecho un súper amigo en Massachusetts con el que se intercambia fotos de sus respectivos barcos teledirigidos. Se llama Cecil (Sésil) W. (Dóbelyu) Thurlington y vive en una casa muy grande en la isla de Martha's Vineyard.

A Lola y a mí nos parece de lo más chic... Martha's Vineyard... «La cuna de los Kennedy», como dicen en las revistas del corazón.

Soñamos con tomar un avión y acercarnos a la playa privada de Cecil, gritando: «Yuuhuu! *We are Simon's sisters! Darling Cécile! We are so very enchantées!*».

Nos lo imaginamos con un blazer azul marino, un jersey de algodón rosa sobre los hombros y un pantalón de lino color crema. Como en los anuncios de Ralph Lauren.

Cuando amenazamos a Simon con tamaño deshonor, pierde algo de su flema británica.

—¡Ni que lo hicieras aposta! ¡Otra vez me he salido!
—Pero ¿cuántas capas te pones? —preguntó Simon, inquieto.
—Tres.
—¿Tres capas?
—La base, el color y el fijador.
—Ah...
—Cuidado, pero ¡avísame cuando vayas a frenar!
Enarcó las cejas. No, perdón. Sólo una ceja.
¿En qué piensa cuando levanta así la ceja derecha?

Nos tomamos un bocata reseco en una área de servicio. Estaba asqueroso. Yo me inclinaba más por un menú del día en un restaurante de camioneros, pero en esos sitios «no saben lavar la lechuga». Es verdad. Se me olvidaba. De modo que tuvimos que conformarnos con tres bocadillos envasados al vacío. (Mucho más higiénico).

«No está muy bueno, pero, al menos, ¡uno sabe lo que come!». Es una manera de verlo.

Estábamos sentados fuera, junto a los cubos de basura. Se oían «brrrrrrrums» cada dos segundos, pero yo quería fumarme un cigarrillo, y Carine no soporta el olor a tabaco.

—Tengo que ir al baño —anunció, con una expresión de sumo agobio—. Aquí los aseos no deben de ser los de un hotel de cinco estrellas...

—¿Por qué no haces pis en la hierba? —le pregunté.

—¿Delante de todo el mundo? ¡Estás loca!

—Pues te alejas un poco y ya está. Voy contigo, si quieres...

—No.

—¿Por qué no?

—Se me van a manchar los zapatos.

—Ah... Bueno, pero, por tres gotitas, ¿qué más da?

Se levantó sin dignarse contestarme.

—Sabes, Carine —declaré yo con voz solemne—, el día en que te guste hacer pis en la hierba serás mucho más feliz.

Cogió sus toallitas desinfectantes.

—Soy todo lo feliz que quiero ser, muchas gracias.

Me volví hacia mi hermano. Miraba fijamente los campos de maíz como si quisiera contar cada mazorca. No parecía muy animado.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó, sin volverse a mirarme.

—Pues no lo parece.

Se frotó la cara.

—Estoy cansado.

—¿De qué?

—De todo.

—¿Tú? No me lo creo.

—Pues es la verdad...

—¿Es por tu trabajo?

—Mi trabajo. Mi vida. Todo.

—¿Por qué me lo dices?

—¿Y por qué no habría de decírtelo?

Otra vez me había vuelto la espalda.

—¡Eh, Simon! ¿Qué dices? Oye, no tienes derecho a hablar así. ¡Te recuerdo que tú eres el héroe de la familia!

—Pues a eso me refiero precisamente... El héroe está cansado.

Yo flipaba. Era la primera vez que le veía perder pie.

Si Simon empezaba a dudar, entonces ¿qué iba a ser de nosotros?

En ese momento —y digo que es un milagro y añadido que no me extraña y me inclino ante el santo patrón de los hermanos que vela por nosotros desde hace casi treinta y cinco años y, desde luego, no ha sido tarea fácil, pobre hombre— sonó su móvil.

Era Lola, que por fin se había decidido a venir y llamaba para preguntarle si podía pasar a recogerla a la estación de Châteauroux.

Enseguida se animó. Se guardó el móvil en el bolsillo y me pidió un cigarrillo. Carine volvió, frotándose hasta los codos con sus toallitas desinfectantes. Le recordó el número exacto de víctimas de cáncer de... Él esbozó un gestito con la mano, como para ahuyentar una mosca, y ella se alejó tosiendo.

Lola iba a venir. Lola iba a estar con nosotros. Lola no nos había abandonado, así que podían darle morcilla al resto del mundo.

Simon se puso las gafas de sol.

Sonreía.

Su Lola iba de camino en un tren...

Hay algo especial entre ellos. Para empezar son los que menos tiempo se llevan, dieciocho meses, y han compartido la infancia.

La de travesuras que habrán hecho los dos... Lola tenía una imaginación desbordante, y Simon era dócil (ya entonces...), se escapaban de casa, se perdían, se peleaban, se martirizaban y se reconciliaban. Cuenta mamá que Lola siempre lo estaba chinchando, que siempre iba a incordiarlo a su habitación, le arrancaba de las manos el libro que estuviera leyendo en ese momento o le destruía de una patada lo que tuviera montado con los Playmobil. A mi hermana no le gusta que le recuerden esas cosas (¡se siente como si la metieran en el mismo saco que a Carine!), así que mi madre se cree obligada a rectificar y añade que Lola era un culo de mal asiento, que siempre estaba dispuesta a invitar a todos los niños del barrio y a inventar montones de juegos nuevos. Que era una especie de monitora de campamento con mil ideas por minuto, y que cuidaba de su hermano mayor como una leona de sus cachorros. Que le hacía bizcochos de chocolate y que lo sacaba de sus Legos cuando ponían por la tele los dibujos animados que le gustaban.

Lola y Simon conocieron la Gran Época: la de Villiers. Cuando vivíamos todos en pleno campo, y nuestros padres todavía eran felices juntos. Para Lola y Simon el mundo empezaba delante de casa y terminaba en el otro extremo del pueblo.

Juntos, corrieron delante de toros que no eran toros en realidad y exploraron casas encantadas con fantasmas de verdad.

Llamaron tantas veces al timbre de la vieja Margeval para esconderse después que a la pobre mujer tuvieron que llevársela a un asilo, destruyeron trampas para animales, hicieron pis en los lavaderos, encontraron las revistas porno del maestro de escuela, robaron petardos, encendieron cohetes y rescataron gatitos que una mala bestia había tirado vivos al río dentro de una bolsa de plástico.

Hala, siete gatitos de una vez. ¡Qué contento se puso nuestro Pop!

Y el día en que el Tour de Francia pasó por el pueblo... Fueron a comprar cincuenta barras de pan y vendieron bocatas como rosquillas. Con lo que ganaron se compraron artículos de broma, sesenta chicles Malabar, un saltador para mí, una trompetita para Vincent (¡ya entonces!) y el último cómic de *Yoko Tsuno*.

Sí, era otra infancia... Ellos sabían lo que era un escalmo, cazaban grillos y saltamontes, y conocían el sabor de las bayas de la uva crespas. El acontecimiento que más los marcó quedó grabado en secreto detrás de la puerta del cobertizo:

«Hoy día 8 de abril hemos visto al cura en calzoncillos».

Y también vivieron juntos el divorcio de nuestros padres. Vincent y yo éramos muy pequeños todavía. Nosotros no nos dimos cuenta del engaño hasta el día de la mudanza. Ellos, en cambio, tuvieron ocasión de disfrutar a tope del espectáculo. Se levantaban por la noche e iban a sentarse juntos a lo alto de la escalera para oírlos «regañarse». Una noche, Pop tiró al suelo el armario grande de la cocina, y mamá se marchó con el coche.

Mientras todo eso ocurría, Simon y Lola se chupaban el dedo diez peldaños más arriba.

Es una tontería contar todo esto, su complicidad está hecha de muchas más cosas aparte de esos momentos difíciles. Pero bueno...

En cambio, la infancia de Vincent y mía fue muy distinta. A nosotros nos pilló en la ciudad. Menos montar en bici y más ver la tele... No teníamos ni idea de cómo poner un parche para arreglar una rueda pinchada, pero sí de cómo engañar a los acomodadores para colarnos en el cine por la salida de emergencia o cómo arreglar un monopatín.

Pero entonces Lola se fue interna a un colegio, y ya no había nadie para darnos ideas de travesuras y para perseguirnos por el jardín...

Nos escribíamos todas las semanas. Era mi adorada hermana mayor. Yo la idealizaba, le mandaba dibujos y le escribía poesías. Cuando volvía a casa, me preguntaba si Vincent se había portado bien durante su ausencia. Pues claro que no, le contestaba yo, claro que no. Y le contaba con pelos y señales todas las infamias de las que había sido víctima la semana anterior. Entonces, para mi gran satisfacción, Lola lo arrastraba hasta el cuarto de baño para darle una buena tunda.

Cuanto más gritaba mi hermano, más contenta estaba yo.

Y un día, para que mi satisfacción fuera completa, quise presenciar su sufrimiento. Y entonces, horror, vi que mi hermana golpeaba una almohada, mientras Vincent chillaba al compás de los golpes enfrascado en un tebeo. Fue una decepción terrible. Aquel día, Lola se cayó de su pedestal.

Lo que resultó ser positivo. A partir de ese día, estuvimos a la misma altura.

Actualmente es mi mejor amiga. La nuestra es una amistad como la de Montaigne y La Boétie... Ya sabéis, algo absoluto y difícil de explicar. Y el hecho de que esta joven de treinta y dos años sea mi hermana es puramente anecdótico. Digamos que la única diferencia es que no hemos tardado mucho tiempo en conocernos.

A ella le van los *Ensayos* de Montaigne, las súper teorías del filósofo tales como que la cabezonería encuentra su castigo en esta vida y que filosofar es aprender a morir. A mí me va el *Discurso de la servidumbre voluntaria* de La Boétie, los abusos infinitos y todos esos tiranos que si son grandes es sólo porque nosotros nos arrodillamos ante ellos. A ella le va el conocimiento verdadero, lo mío son más los tribunales. Y las dos sentimos que somos la mitad de todo y que la una sin la otra no estaría más que a medias.

Y eso que somos muy distintas... Ella tiene miedo hasta de su sombra, yo me río del miedo. Ella copia sonetos en cuadernos, y yo me bajo música de Internet. Ella admira la pintura, yo prefiero la fotografía. Ella no dice jamás lo que piensa, y yo digo todo lo que se me pasa por la cabeza. A ella no le gustan los conflictos, a mí me gusta que las cosas queden muy claritas. A ella le gusta estar «un poco piripi», yo prefiero beber. A ella no le gusta salir, a mí no me gusta volver a casa. Ella no sabe divertirse, yo no sé irme a la cama. A ella no le gusta jugar, a mí no me gusta perder. Ella tiene unos brazos inmensos para abarcarlo todo, yo tengo la bondad un poco escaldada. Ella no se pone nunca nerviosa, a mí se me cruzan los cables y exploto.

Dice que a quien madruga Dios le ayuda, yo le suplico que no hable tan fuerte que quiero seguir durmiendo. Ella es romántica, yo soy pragmática. Ella se ha casado, yo aún voy de flor en flor. Ella no se puede acostar con un chico sin estar enamorada, yo no puedo acostarme con un chico sin preservativo. Ella... Ella me necesita, y yo la necesito a ella.

Ella no me juzga. Me acepta tal como soy. Con mi mala cara y mis ideas negras. O con mi buena cara y mis ideas de color de rosa. Lola sabe lo que es morirse por comprarse un chaquetón marinero o unos zapatos de tacón de aguja. Comprende la gozada que es quemar la tarjeta de crédito aunque luego te sientas súper culpable al ver las cenizas. Lola me mima. Me sostiene la cortina cuando estoy en un probador, siempre me dice que estoy

muy guapa y que no, qué va, ese pantalón no me hace nada de culo. Siempre me pregunta qué tal mis amores y se disgusta un poquito cuando le hablo de mis amantes.

Cuando hace tiempo que no nos vemos, me lleva a un buen restaurante, al Bofinger o al Balzar, para mirar a los chicos. Yo me concentro en los de las mesas de alrededor, y ella, en los camareros. Le fascinan esos chavales con sus chalecos ceñidos. Los sigue con la mirada, les inventa destinos dignos de una película de Sautet y analiza sus modales tan como es debido, tan de escuela de hostelería. Lo divertido es que siempre llega un momento en que vemos a alguno pasar al otro lado de la barrera una vez terminado su trabajo. Ya no tiene nada de fascinante. Ha cambiado el gran delantal blanco por un vaquero o un pantalón de chándal y se despide de sus compañeros sin ninguna elegancia:

—¡'Taluego, Bernard!

—'Taluego, Mimi. ¿Nos vemos mañana? —Ya te gustaría a ti, gilipollas. Lola baja la mirada y rebaña el plato. Vaya chasco, adiós a las fantasías...

Nos habíamos perdido un poco de vista. Su internado, sus estudios, su lista de boda, sus vacaciones con los suegros, sus cenas...

La ternura seguía intacta, pero ya no teníamos tanta confianza. Lola había cambiado de bando; o más bien de equipo. No es que jugara *contra* nosotros, jugaba en una liga que nos aburría un poco. A una especie de cricket tonto con un montón de reglas que no hay quien entienda, un deporte en el que corres detrás de una cosa que nunca ves y que encima te hace daño... Una cosa de cuero con el corazón de corcho. (¡Anda, Lolita mía, sin comerlo ni beberlo lo he resumido todo en un párrafo!).

Mientras que nosotros, los «pequeños», todavía estábamos en cosas mucho más básicas. Para nosotros, un césped bonito equivalía a ¡yupi!, revolcones y volteretas. Los chicos altos vestidos con polos blancos y manejando un bate nos sugerían otro tipo de cosas... Para nosotros el bate era un símbolo fálico clarísimo... Bueno, tonterías así, ya me entendéis...

Vamos, que no estábamos todavía maduros para sentar la cabeza, fundar un hogar y pasear los domingos con la familia por el parque...

Así que eso. No estábamos en la misma onda, pero nos seguíamos queriendo a distancia. Me pidió que fuera madrina de su primer hijo, y yo, que fuera depositaria de mi primer desengaño amoroso (que me hizo llorar a lágrima viva...), pero entre ambos grandes acontecimientos no ocurría gran cosa. Cumpleaños, comidas familiares, algunos cigarrillos a escondidas de su maridito, un guiño cómplice o su cabeza sobre mi hombro cuando mirábamos las mismas fotos...

Era la vida... La suya, al menos.

Yo la respetaba a tope.



Y entonces volvió con nosotros. Cubierta de cenizas y con la mirada enajenada de la pirómana que viene a devolver la caja de cerillas. Había pedido un divorcio que nadie se esperaba. Y es que escondía muy bien sus cartas, nuestra hermanita. Todo el mundo la creía feliz. Y diría incluso que la admiraban por eso, por haber sabido encontrar tan rápido y tan fácilmente la salida. «A Lola le sale todo bien», reconocíamos sin amargura y sin envidia. Lola sigue inventándose las mejores búsquedas del tesoro...

Y, de pronto, catapum. Cambio de programa.

Apareció en mi casa de improviso, a una hora que no le pegaba nada. La hora de bañar a los niños y contarles el cuento de buenas noches. Lloraba y pedía perdón. Pensaba sinceramente que las personas que la rodeaban eran lo que la justificaba en este mundo, y lo demás, todo lo demás, lo que se tramaba en su cabeza, su vida secreta y todos los pequeños recovecos de su alma no tenían verdadera importancia. Lo que había que hacer era parecer alegre y tirar del yugo sin que se notase que era un yugo. Y cuando le resultaba un poco más difícil, se refugiaba en la soledad, en el dibujo... en los paseos, cada vez más largos, empujando el cochecito de bebé, en los libros de los niños y en la vida doméstica, un refugio muy cómodo, sí.

Súper cómodo. Su horizonte más lejano era la gallinita colorada de los cuentos del Père Castor...

*La gallinita colorada es buena ama de casa:
no verás ni una mota de polvo,
hay flores en los jarrones,
y, en las ventanas, bonitas cortinas bien planchaditas.
Da gusto ir a su casa.*

Pero ¿qué pasó con la gallinita colorada? Pues que, zas, le cortó el cuello.

Como todo el mundo, me caí del guindo. No sabía qué decir, me faltaban las palabras. Mi hermana no se había quejado nunca, nunca me

había confiado sus dudas y acababa de traer al mundo a un niño adorable. Era amada. Lo tenía todo, como se suele decir. Como dicen los imbéciles.

¿Cómo hay que reaccionar cuando te anuncian que tu sistema solar se va al garete? ¿Qué hay que decir en esa situación? Maldita sea, si era ella la que hasta ahora nos enseñaba el camino. Confiábamos en ella. Bueno, yo, al menos, confiaba en ella. Nos quedamos mucho rato sentadas en el suelo bebiéndonos a sorbitos nuestros copazos de vodka. Lola lloraba, repetía que se sentía perdida, callaba y volvía a llorar. Fuera cual fuera su decisión, sería desgraciada. Se marchara o se quedara, ya no valía la pena vivir.

Con ayuda de la hierba de bisonte de mi vodka, al final conseguí hacerla entrar un poco en razón. ¡Eh, que no era ella la única culpable del desastre! Cuando el manual de instrucciones es tan gordo como una guía telefónica, y das vueltas corriendo en un estúpido trozo de césped sin que nadie te apoye, al menos él no, está claro que al cabo de un tiempo... la gallinita abre la puerta del corral y... ¡a volar!

Lola no me oía.

«Y por los niños, ¿no... no puedes aguantar un poco más?», pregunté por fin, tendiéndole otro paquete de kleenex. Mi pregunta la dejó tan de piedra que paró de llorar al instante. Pero ¿es que no entendía nada? Esa escabechina era por ellos, precisamente. Para que no sufrieran. Para que nunca tuvieran que oír a sus padres discutir y llorar en plena noche. Y porque no se puede crecer en una casa en que la gente ya no se quiere, ¿o sí?

No. No se puede. Tirar p'alante quizá, pero crecer, no.

Lo que vino después es más desagradable. Abogados, llanto, chantaje, tristeza, noches en vela, cansancio, renunciás, sentimiento de culpa, el dolor de uno contra el dolor del otro, agresividad, declaraciones, tribunales, bandos enfrentados, recursos sangrientos, falta de aire y cabezazos contra la pared. Y, en medio de todo eso, dos niños de ojos muy claros para los que mi hermana seguía fingiendo que todo iba bien, inventando para ellos, por la noche antes de dormir, cuentos de príncipes que se tiran pedos y

princesas bobaliconas. Fue ayer, y las brasas aún están calientes. No hace falta gran cosa para que la tristeza por el dolor causado la ahogue de nuevo, y sé que algunas mañanas se hacen muy cuesta arriba. El otro día me confesó que, cuando los niños se iban a casa de su padre, ella se contemplaba llorar durante largo rato en el espejo del vestíbulo.

Para diluirse en lágrimas.

Era la razón por la cual no quería venir a esta boda.

Tener que aguantar a toda la familia. Todos esos tíos, esas tías solteras y esos primos lejanos. Toda esa gente que no se ha divorciado. Que se ha arreglado. Que ha hecho las cosas de otra manera. Esas expresiones en sus caras, vagamente consternadas o como si la compadecieran, también vagamente. Todo ese folklore. El blanco virginal, las cantatas de Bach, los sermones de fidelidad eterna aprendidos de memoria, los discursos pueriles, las dos manos sobre el cuchillo al cortar la tarta y el *Danubio azul* cuando a uno ya empiezan a dolerle de verdad los pies. Pero sobre todo: los niños. Los de los demás.

Los que corretearán de aquí para allá todo el día, con las orejas un poco coloradas de haberse bebido los culines de todos los vasos, manchándose su ropa elegante y suplicando para no tener que irse a la cama todavía.

Los niños justifican las reuniones familiares y son un consuelo.

Siempre son lo mejor de estas fiestas. Siempre son los primeros en echarse a bailar y los únicos que se atreven a decir que la tarta no hay quien se la coma de puro empalagosa. Se enamoran perdidamente por primera vez en su vida y se duermen, agotados, en el regazo de sus madres. Pierre debía haber sido paje, estaba contento porque su ciberespada cabía perfectamente bajo el ancho fajín plisado y se preguntaba si podría mangar algunas monedas del cepillo. Pero Lola no había mirado bien el calendario del juez: ese fin de semana les tocaba estar con su padre. Así que no habría cestito ni batalla de arroz en el atrio. Le sugirieron que llamara a Thierry para ver si podía cambiarle los fines de semana. Pero Lola ni siquiera contestó.

¡Pero venía a la boda! ¡Y Vincent nos esperaba allí! Nos sentaríamos los cuatro en una mesa apartada, con unas cuantas botellas, a comentar el sombrero de la tía Solange, las caderas de la novia y la pinta ridícula de nuestro primo Hubert con su chistera alquilada bien calada sobre sus orejas de soplillo. (Su madre nunca había querido oír hablar de operarlo, pues «no se toca lo que es obra de Dios»). (¿Qué os parece? Bonito, ¿eh?).

El clan se reunía de nuevo. Los cuatro juntos, la vida se recomponía.

¡Sonad, cornetas! Somos los cadetes de Gascoña, de Carbon y de Castel-no sé qué.



—¿Por qué tomas esta salida?

—Vamos a recoger a Lola —dijo Simon.

—¿¿Dónde?? —contestó su linda esposa, atragantándose de rabia.

—A la estación de Châteauroux.

—¿Estás de broma?

—No, para nada. Llegaré dentro de cuarenta minutos.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—Se me ha olvidado. Es que me ha llamado hace un rato.

—¿Cuándo?

—Cuando estábamos en el área de servicio.

—No lo he oído.

—Estabas en el baño.

—Ya veo...

—¿Qué es lo que ves?

—Nada.

Sus labios decían lo contrario.

—¿Pasa algo? ¿Hay algún problema? —preguntó mi hermano, extrañado.

—No. No hay problema. No hay ningún problema. Sólo que la próxima vez pon una lamparilla de taxi en el techo del coche, así estará todo más claro.

Simon no contestó nada. Los nudillos sobre el volante se le pusieron blancos.

Carine había dejado a Léo y a Alice en casa de su madre para, palabras textuales, dos puntos, abro comillas: *pasar un fin de semana romántico*, puntos suspensivos, cierro comillas.

¡Pues sí que empezaba bien...!

—Y vosotras... ¿tenéis intención de dormir en el hotel con Simon y conmigo, en la misma habitación?

—No, no —le digo, sacudiendo la cabeza—, no te preocupes.

—¿Habéis reservado en algún sitio?

—Pues... no.

—Claro... No, si ya me lo figuraba.

—¡Pero no pasa nada! ¡Dormiremos donde sea! ¡En casa de la tía Paule!

—La tía Paule ya no tiene camas libres. Me lo volvió a decir anteayer por teléfono.

—¡Bueno, pues no dormiremos y listo!

Contestó *soisunas crdurcdas* retorciendo los flecos de su pashmina.

No la entendí.

Qué mala suerte, el tren venía con diez minutos de retraso, y cuando, por fin, bajaron los viajeros, no se veía a Lola por ninguna parte.

Simon y yo estábamos muertos de miedo.

—¿Estáis seguros de que no habéis confundido Châteauroux con Châteaudun? —graznó Carine, haciéndose la graciosa.

Pero... sí, mira... ahí, ahí estaba... En la otra punta del andén. Viajaba en el último vagón del tren, debía de haberse subido por los pelos, pero ahí estaba, y avanzaba hacia nosotros agitando los brazos.

Idéntica a sí misma y tal y como la imaginaba. Con una sonrisa en los labios y esos andares suyos como si se balanceara, con sus bailarinas, su camisa blanca y su vaquero desgastado.

Llevaba un sombrero increíble. Una inmensa pamelita con un ancho lazo de otomán negro.

Me dio un beso. Qué guapa estás, me dijo, ¿te has cortado el pelo? Besó a Simon, acariciándole la espalda, y se quitó su enorme sombrero para no aplastarle los rizos a Carine.

Había tenido que viajar en el vagón de bicicletas porque no encontraba sitio para dejar su tocado, y nos preguntó si podíamos pasar un momentín por la cafetería de la estación porque quería tomarse un bocadillo. Carine consultó su reloj, y yo aproveché para comprar revistas.

La prensa del corazón. Nuestro caprichito ignominioso e inconfesable...

Volvimos al coche. Lola le preguntó a su cuñada si podía llevarle el sombrero sobre el regazo. Claro, no hay problema, contestó ésta con una sonrisa algo forzada. No hay problema.

Mi hermana levantó la barbilla como para decir ¿qué ocurre?, y yo levanté los ojos al cielo, para contestar que nada, lo de siempre.

Lola sonrió y le preguntó a Simon si tenía música.

Carine contestó que le dolía la cabeza.

Yo también sonreí.

Entonces Lola preguntó si alguien tenía esmalte porque quería pintarse las uñas de los pies. Una vez, dos veces, no hubo respuesta. Por fin nuestro farmacéutico preferido le tendió un frasquito rojo:

—Ten cuidado con los asientos, ¿vale?

Después nos contamos cosas de hermanas. Me salto esta escena. Hay demasiadas claves, códigos y carcajadas. Y sin sonido no tiene sentido.

Las hermanas saben de lo que hablo.

Terminamos perdidos en pleno campo. Carine llevaba el mapa y le echaba la culpa a Simon. De pronto, éste dijo:

—¡Dale el mapa de los cojones a Garance! ¡Es la única que tiene sentido de la orientación en esta puta familia!

En el asiento de atrás, nos miramos frunciendo el ceño. Dos tacos en la misma frase y todo entre exclamaciones... La cosa no iba bien.

Poco antes de llegar al castillito de la tía Paule, Simon encontró un sendero con moras a ambos lados. Nos abalanzamos sobre ellas evocando los ojaranzos de la casa de Villiers con voz trémula por la emoción. Carine, que no había movido el culo del coche, nos recordó que los zorros hacían pis justo ahí.

Nos traía sin cuidado.

Qué error...

—Claro. La equinococosis no os dice nada. Las larvas de parásitos que se transmiten por la orina y...

Mea culpa, mea maxima culpa, perdí un poco los nervios:

—¡Eso son tonterías! ¡No son más que chorradas! ¡Los zorros tienen todo el campo para mear! ¡Todos los senderos! ¡Todas las zanjas! Todos los árboles y todos los prados de alrededor, ¿y justo tendrían que venir a mear aquí? ¡¿Sobre nuestras moras precisamente?! ¡Es absurdo! Esto puede conmigo... Es que me pone enferma. La gente como tú siempre lo estropea todo...

Perdón. *Mea culpa*. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Y eso que me había jurado que me portaría bien. Me había jurado que no perdería los nervios, que estaría muy zen. Esta mañana sin ir más lejos, al mirarme al espejo, me lo había advertido a mí misma, sacudiendo el dedo

índice: Garance, nada de líos con Carine, ¿eh? Por una vez nada de malos humores. Pero no pude evitarlo. Lo siento. Mil disculpas. Nos arruinó las moras y, de paso, también nuestra pizca de infancia. Me pone de los nervios. No la aguanto. Otro comentario más y le hago tragarse el sombrero de Lola.

Debió de notar que la cabeza le olía a pólvora porque cerró la puerta del coche y puso en marcha el motor. Por el aire acondicionado.

Eso es algo que también me saca de quicio, la gente que no apaga el motor cuando está parada para que no se le enfríen los pies o para que se le refresque la cabeza, pero bueno, corramos un tupido velo. Ya hablaremos del calentamiento del planeta otro día. Se había encerrado en el coche, algo es algo. Hay que ser positivo.

Simon se alejó un poco para estirar las piernas mientras Lola y yo nos cambiábamos de ropa. Me había comprado, pues, un precioso sari en el pasaje Brady, al ladito de mí casa. Era turquesa con bordados en hilo dorado, perlas y unos cascabeles chiquititos. La parte de arriba consistía en un top ceñido y sin mangas, y, la de abajo, en una falda larga muy estrecha y tirante, y por encima llevaba una especie de tela grande para envolverlo todo.

Era precioso.

Pendientes de borlas, todos los amuletos de Rajastán al cuello, diez pulseras en la muñeca derecha y casi el doble en la izquierda.

—Te sienta bien —decretó Lola—. Es increíble. Sólo tú te puedes permitir una cosa así. Tienes un vientre tan bonito, tan plano, tan duro...

—A ver, qué quieres —contesté radiante, acariciándomelo—, es lo que tiene vivir en un sexto sin ascensor...

—A mí mis embarazos me han puesto el ombligo entre paréntesis... Tú ten mucho cuidado, ¿eh? Ponte crema todos los días y...

Me encogí de hombros. Mi pequeño catalejo no llegaba hasta tan lejos.

—¿Me abrochas? —preguntó, dándose la vuelta.

Lola llevaba, como siempre, su vestido de seda negro. Muy sobrio, de escote redondo, sin mangas y con mil botoncitos minúsculos en la espalda.

—No te has gastado un euro para la boda de nuestro querido Hubert —constaté yo.

Se volvió sonriendo:

—Eh...

—¿Qué?

—Adivina cuánto me ha costado el sombrero.

—¿Doscientos?

Se encogió de hombros.

—¿Cuánto?

—No te lo puedo decir —respondió, ahogando una carcajada—, es demasiado fuerte.

—Para de reírte, tonta, que no te puedo abrochar...

Era el año en que se llevaban las bailarinas. Las suyas eran flexibles y con cintas y las mías tenían lentejuelas doradas.

Simon dio unas palmadas:

—Vamos, Bluebell Girls... ¡en ruta!

Agarrándome del brazo de mi hermana para no tropezar, mascullé:

—Mira, como esta idiota me pregunte si voy a una fiesta de disfraces, se traga tu sombrero, te lo aviso.

Carine no tuvo ocasión de decir esta boca es mía porque nada más sentarme me levanté otra vez. Mi falda era demasiado estrecha, y tuve que quitármela para que no reventaran las costuras.

Sentada con mi tanga sobre los asientos de viscosa de alpaca, estaba... hierática.

Nos maquillamos mirándonos en el espejo de mi colorete mientras nuestra equinocosis nacional comprobaba en el de cortesía que sus pendientes estaban los dos a la misma altura.

Simon nos suplicó que no nos perfumáramos las tres a la vez.

Llegamos a Villabotijos de Arriba justo a tiempo. Me puse la falda detrás del coche y nos dirigimos al atrio de la iglesia ante las miradas patidifusas de los villabotijenses, asomados a las ventanas de sus casas.

La elegante señora vestida de gris y rosa que charlaba con el tío Georges, allá a lo lejos, era nuestra madre. Nos tiramos a sus brazos, con cuidado de que no nos dejara las marcas de sus besos.

Muy diplomática ella, primero besó a su nuera, alabando su vestido, antes de volverse hacia nosotras, riendo:

—Garance... estás fantástica... ¡Sólo se echa de menos el circulito rojo en mitad de la frente!

—Pues no faltaba más que eso —soltó Carine, antes de precipitarse sobre nuestro pobre tío viejo y marchito—, no estamos en Carnaval, que yo sepa...

Lola hizo ademán de darme su sombrero, y nos echamos a reír.

Nuestra madre se volvió hacia Simon:

—¿Han estado así de insoportables durante todo el viaje?

—Peor todavía —contestó muy serio, asintiendo con la cabeza.

Y añadió:

—¿Y Vincent? ¿No ha venido contigo?

—No. Está trabajando.

—¿Cómo que está trabajando? ¿Dónde?

—Pues donde siempre, en su castillo...

Nuestro hermano mayor menguó diez centímetros de golpe.

—Pero... Yo creía... O sea, él me dijo que vendría...

—He intentado convencerlo pero no ha habido manera. Ya sabes que él, esto de los canapés y tal...

Simon parecía desesperado.

—Le había traído un regalo. Un vinilo inencontrable. Y tenía ganas de verlo... No lo veo desde Navidad. Jo, qué chasco... ¿Sabéis lo que os digo?

Que me voy a tomar una copa.

Lola hizo una mueca:

—Vaya, vaya, nuestro hermanito no parece muy feliz...

—Ya te digo —repliqué, mirando a Miss Aguafiestas, que se besuqueaba con todas nuestras tías abuelas—, ya te digo...

—¡Vosotras, en cambio, hijas mías, estáis espléndidas! Os encargáis de animarlo, ¿verdad? Sacad a bailar a vuestro hermano, ¿eh?

Y se alejó para entregarse a las cortesías de rigor.

Seguíamos con la mirada a esa mujercita menuda. Su gracia, su porte, su empaque, su elegancia, su clase...

La parisina...

Lola se puso seria de repente. Dos niñitas adorables corrían riendo para unirse al cortejo.

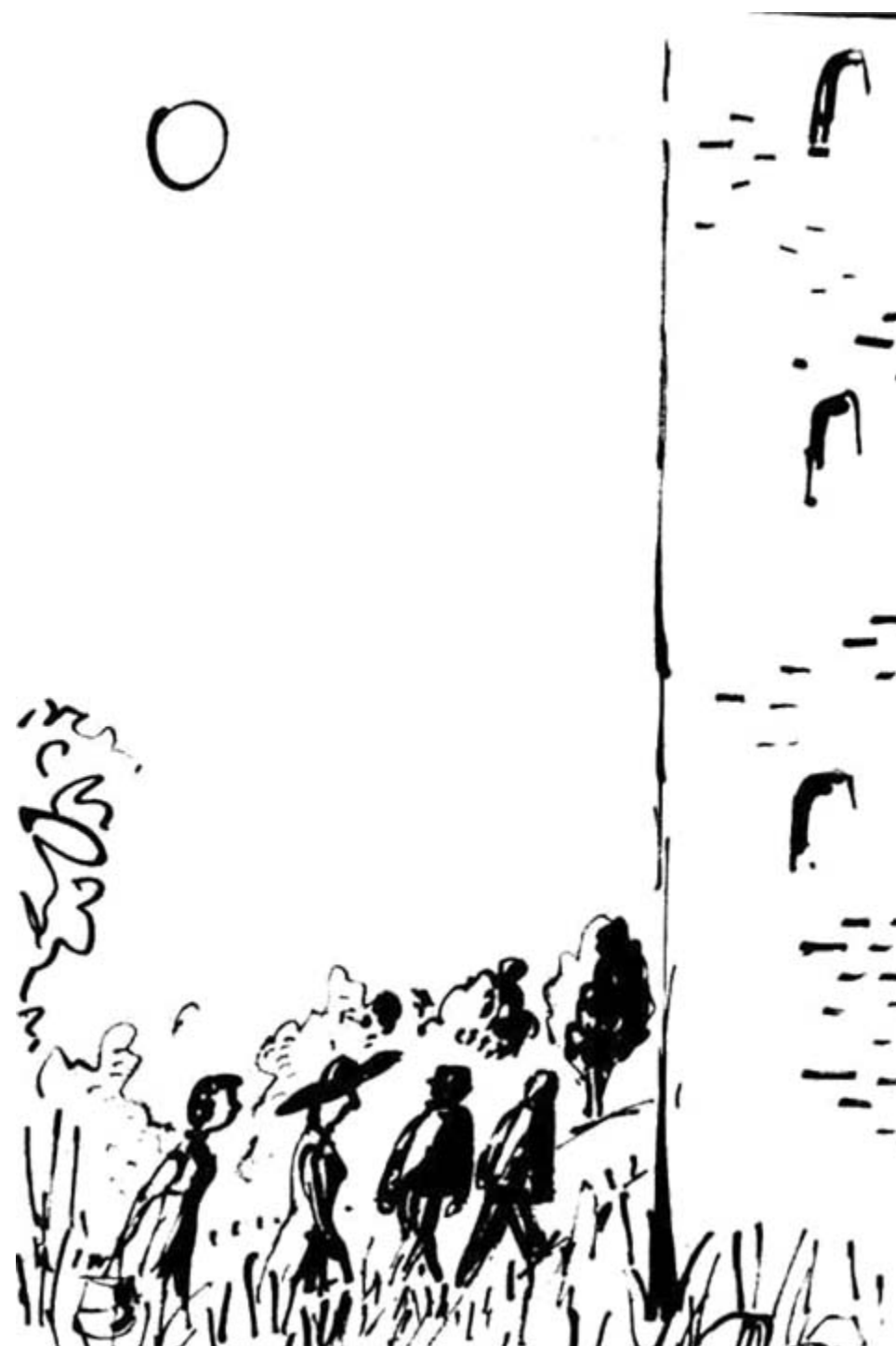
—Bueno —dijo—, me parece que me apunto a la copa con Simon...

Y yo me quedé plantada como una tonta en medio de la plaza, con mi sari arrugado y sin gracia.

No por mucho tiempo porque al momento se acercó nuestra prima Sixtine, cacareando:

—¡Eh, Garance! ¡Hare Krishna! ¿Vas a una fiesta de disfraces o qué?

Sonreí como pude, reprimiendo a duras penas un comentario hiriente sobre su bigote mal teñido y su traje sastre verde manzana de tienda paleta y quiero y no puedo de provincias.



Cuando se alejó, le tocó el turno a la tía Geneviève:

—Dios mío, pero ¿eres tú mi pequeña Clémence? Dios mío, pero ¿qué es esa cosa de hierro que llevas en el ombligo? ¿Seguro que no te hace daño?

Así que me dije; bueno, mejor será que me vaya yo también al bar con Simon y Lola...

Los encontré a los dos sentados en la terraza. Con una caña al alcance de la mano, tan a gusto, tomando el solecito tan ricamente.

Me senté —al hacerlo, sonó un «crac»— y me pedí yo también una caña.

Felices, en paz, con los labios ribeteados de espuma de cerveza, observábamos a la gente del lugar que, asomada a las puertas de sus casas, hacía comentarios sobre los forasteros reunidos en el atrio de la iglesia. Maravilloso espectáculo.

—Eh, ¿esa de ahí no es la nueva mujer del cornudo de Olivier?

—¿Cuál, la morena bajita?

—No, la rubia que está al lado de los Puturrú de Foie...

—Socorro. Es aún más fea que la anterior. No te pierdas el bolso que lleva...

—Imitación Gucci.

—Exacto. Pero no tiene siquiera la calidad de los buenos bolsos de imitación. Éste es una copia made in China...

—Lo peor de lo peor.

Podríamos haber seguido así un buen rato, pero Carine vino a buscarnos:

—¿Venís? Ya va a empezar...

—Enseguida vamos, enseguida vamos... —le contestó Simon—, me termino la cerveza y vamos.

—Pero si no entramos ya —insistió—, no cogeremos buen sitio en la iglesia y no veré nada...

—Que sí, ve yendo tú que yo luego te alcanzo.

—Bueno, pero date prisa, ¿eh?

Ya se había alejado veinte metros cuando de pronto se volvió y gritó:

—¡Y vete a la tienda de enfrente y compra un paquete de arroz!

Dicho esto, se volvió de nuevo:

—Pero no del más caro, ¿eh? ¡No compres el de Uncle Ben's como la otra vez! Total, para tirarlo...

—Que sí, que vale... —masculló él.

Vimos a lo lejos a la novia del brazo de su padre. La misma que pronto tendría toda una camada de ratoncillos con orejas de soplillo. Contamos a todos los que llegaban tarde y animamos con un fuerte aplauso al monaguillo, que corría a toda velocidad tropezándose con el alba.

Cuando las campanas callaron, y los autóctonos volvieron a sus quehaceres, Simon dijo:

—Me apetece ver a Vincent.

—Ya, pero aunque lo llamáramos ahora —contestó Lola, cogiendo su bolso—, hasta que llegue...

Entonces pasó por ahí un niño de la boda, vestido con pantalón de franela y bien peinadito con su raya al lado. Simon lo pilló por banda:

—¡Eh! ¿Te quieres ganar cinco partidas *de pinball*?

—Sí...

—Entonces vuélvete a la misa y ven a avisarnos cuando haya acabado la homilía.

—Vale, pero el dinero me lo dais ya.

Yo flipo con los niños de hoy en día...

—Toma, estafador. Pero no nos la juegues, ¿eh? Luego vienes a avisarnos.

—¿Me da tiempo a echar una partida ahora?

—Bueeeeno, vaaale —suspiró Simon—, pero luego te vas derecho a misa.

—Vale.

Nos quedamos un rato más ahí sentados, tranquilamente, y entonces Simon añadió:

—¿Y si vamos a verlo?

—¿A quién?

—¡A quién va a ser, a Vincent!

—Pero ¿cuándo? —pregunté yo.

—Ahora.

—¿Ahora?

—¿Te refieres a ahora mismo? —repitió Lola.

—¿Se te ha ido la olla? ¿Quieres coger el coche y marcharnos ahora?

—Mi querida Garance, me parece que acabas de resumir perfectamente mis intenciones.

—Estás loco —dijo Lola— ¿cómo vamos a marcharnos así?

—¿Y por qué no? —Rebuscó unas monedas en el bolsillo—. Vamos... ¿Os apuntáis, chicas?

No reaccionamos. Simon levantó los brazos al cielo:

—¡Venga, que nos vamos! ¡Nos largamos! Nos damos el piro. Ponemos pies en polvorosa. ¡Nos marchamos y adiós muy buenas!

—¿Y Carine?

Bajó los brazos.

Se sacó un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta y le dio la vuelta a un posavasos.

«Nos hemos ido a visitar el castillo de Vincent. Cuídame bien a Carine. Sus cosas están delante de tu coche. Besos de los tres».

—¡Eh, chaval! Cambio de planes: ya no tienes que chaparte la misa, pero a cambio le entregas esta nota a una señora que va vestida de gris con un sombrero rosa y que se llama Maud, ¿te has enterado?

—Sí.

—¿Cómo va la partida?

—Me he ganado dos bolas extra.
—Repite lo que acabo de decirte.
—Cuando consiga un récord, le entrego este posavasos a una señora con un sombrero rosa que se llama Maud.
—La esperas al salir de la iglesia y se lo das.
—Vale, pero esto os va a salir más caro...
El chaval se reía.



—No has cogido el neceser...
—Vaya. Media vuelta. Esto sí que no me lo perdonaría nunca...
Lo dejé bien a la vista encima de su maleta, y volvimos a arrancar, envueltos en una nube de polvo. Como si acabáramos de atracar un banco.

Al principio no nos atrevíamos siquiera a hablar. Estábamos un poco emocionados, y Simon miraba por el retrovisor cada diez segundos.

Quizá temiéramos oír las sirenas del coche de policía que Carine, muerta de rabia y echando espuma por la boca, había lanzado en nuestra persecución. Pero no, nada. Calma chicha.

Lola iba delante, y yo me asomaba entre los dos desde el asiento trasero. Cada uno esperaba que fuera otro quien rompiera el silencio incómodo.

Simon encendió la radio, y oímos balar a los Bee Gees:

And we're stayin' alive, stayin' alive...

Ha, ha, ha, ha... Stayin' alive, stayin' alive...

La bomba. Era demasiado bonito para ser verdad. ¡Tenía que ser una señal! ¡El dedo de Dios! (No. Era una dedicatoria de Pati a Dany para celebrar el aniversario de cuando se conocieron en el baile de las fiestas de Treignac en 1978, pero eso no lo supimos hasta más tarde). Entonamos los

tres en voz alta: «*HA, HA, HA, HA! STAYIN' ALIIIIIIIVE!...*», mientras Simon hacía zigzag por la D114 desatándose el nudo de la corbata.

Me volví a poner los pantalones, y Lola me pasó su sombrero para que lo dejara sobre el asiento a mi lado.

Con el pasturrio que le había costado, estaba un poco decepcionada.

—Bah —le dije, para consolarla—, ya te lo pondrás en mi boda...

Risas —enooooormes— en el habitáculo.

Volvía a reinar él buen humor. Habíamos logrado sacar al alien fuera de la nave espacial.

Ya sólo teníamos que ir a recoger al último miembro de la tripulación.

Mientras yo buscaba el pueblucho de Vincent en el mapa, Lola hacía de pincha. Podíamos elegir entre Radio Villaconejos FM y Onda Villabotijos. Nada muy fashion que digamos, pero ¿qué importaba? Total, no parábamos de hablar...

—Nunca te hubiera creído capaz de hacer algo así —dijo por fin Lola, volviéndose hacia nuestro chófer.

—Será que con la edad se vuelve uno más sabio —sonrió Simon, aceptando uno de mis cigarrillos.

Llevábamos ya dos horas de trayecto, y estaba contándoles mi viaje a Lisboa cuando...

—¿Qué pasa? —preguntó Lola, inquieta.

—¿Lo has visto?

—¿El qué?

—El perro.

—¿Qué perro?

—El que había en la cuneta...

—¿Muerto?

—No. Abandonado.

—¡Bueno, tampoco es para que te pongas así!

—Es que he visto su mirada, ¿entiendes?

No lo entendían.

Y sin embargo ese chucho me había mirado a los ojos y me había leído hasta el alma, estaba segura.

Me entró un mal rollo horrible, pero entonces Lola se puso a recordar nuestra evasión poniéndole la música de *Misión imposible* y desafinando a gritos para distraerme.

Yo llevaba el mapa y mientras soñaba despierta, repasando en mi cabeza las partidas de la noche anterior. Me la había jugado en la última baza con un póquer de poca monta, pero bueno... Había ganado, y eso era lo importante...

Era como nosotros: por separado no valíamos gran cosa, pero juntos, los cuatro hermanos ganábamos mucho.



Cuando llegamos, acababa de empezar la última visita.

Un tipo joven y muy pálido, bastante mugriento y de ojos vidriosos nos dijo que nos uniéramos al resto del grupo en la primera planta.

Había unos cuantos turistas despistados, unas mujeres gordas, una pareja de maestros de escuela interesadísimos, con sus buenos zapatos cómodos para caminar, familias como Dios manda que quieren culturizar a los hijos, niños malhumorados y un puñado de holandeses que no se sabía muy bien qué pintaban ahí. Todos se volvieron al oírnos llegar.

En cuanto a Vincent, no nos había visto. Estaba de espaldas, soltando su rollo con un entusiasmo que no le conocíamos.

Primera sorpresa: llevaba un blazer raído, una camisa de rayas con gemelos, un pañuelito de seda al cuello y un pantalón no muy limpio pero elegante, con vueltas. Iba bien afeitado, con el pelo engominado y peinado hacia atrás.

Segunda sorpresa: el rollo que soltaba no tenía ni pies ni cabeza.

Según contaba, ese castillo pertenecía a nuestra familia desde hacía generaciones. Actualmente, Vincent vivía allí solo, mientras se decidía a sentar la cabeza, formar una familia y restaurar el foso.

Era un lugar maldito porque lo habían construido a escondidas para la amante del tercer hijo bastardo de Francisco I, una tal Isaura de Haut-Bréban, a la que el rey había hecho enloquecer de celos, según contaban, y que era algo bruja a sus horas.

«... Y aún hoy, señoras y señores, las noches de luna llena en el primer decanato, se oyen ruidos hartos extraños, algo así como estertores, que suben desde el sótano, el mismo que antiguamente hacía las veces de mazmorra...

»Al reformar la cocina que verán a continuación, mi abuelo encontró osamentas que se remontan a la Guerra de los Cien Años y algunos escudos con el sello de San Luis. A su izquierda, un tapiz del siglo XIII, a su derecha, el retrato de la famosa cortesana. Fíjense en el lunar bajo el ojo izquierdo, señal irrefutable de maldición divina...

»No dejen de admirar las magníficas vistas desde la terraza... Los días en que sopla mucho viento, se pueden ver las torres de Saint-Roch...

»Por aquí, por favor. Cuidado con el escalón».

Que alguien me pellizque o creeré que estoy soñando.

Los turistas miraban con atención el lunar de la bruja y le preguntaban si no tenía miedo por la noche.

—¡Rediez, sí, pero tengo con qué defenderme!

Señalaba las armaduras, las alabardas, las ballestas y las mazas que adornaban la pared de la escalera.

Muy serios, todos asentían con la cabeza, alzando sus cámaras fotográficas.

Pero ¿qué era todo ese disparate?

Cuando pasamos por delante de él al abandonar la sala, su rostro se iluminó. Oh, fue algo muy discreto. Apenas un gesto de cabeza. La complicidad de la sangre y las amistades antiguas.

La marca de los Grandes.

Ahogábamos la carcajada entre los yelmos y los arcabuces, mientras Vincent proseguía su perorata sobre las dificultades que conllevaba mantener en buen estado tamaña construcción... Cuatrocientos metros cuadrados de tejado, dos kilómetros de canalón, treinta habitaciones, cincuenta y dos ventanas y veinticinco chimeneas pero... todo sin calefacción. Y sin electricidad. ¡Ni agua corriente, ahora que lo pienso! Lo que explica también la gran dificultad, para este humilde servidor, de encontrar novia...

La gente se reía.



«... He aquí un retrato del conde de Dunois, uno de los poquísimos que existen. Fíjense en el escudo de armas, que volverán a ver esculpido en el frontón de la gran escalera, en la esquina noroeste del patio.

»Estamos entrando ahora en una recámara reformada en el siglo XVIII por mi tatarabuela la marquesa de La Lariotine, que venía de montería por estos parajes. Bueno, digamos que venía a cazar en el sentido amplio de la palabra, por desgracia... Y mi pobre tío el marqués no tenía nada que envidiarle a ese hermoso ejemplar de diez cuernos que han podido admirar hace un momento en el comedor... Tenga cuidado, señora, es frágil. Por el contrario, les recomiendo encarecidamente que echen un vistacillo al pequeño cuarto de baño... Los cepillos, los frascos de sales y de ungüentos son todos originales... No, eso, señorita, es un orinal de la segunda mitad del siglo XX, y eso, un cubo para cuando tenemos goteras...

»... Henos aquí ahora ante la parte más hermosa del castillo, la escalera de caracol del ala norte con su soberbia bóveda de cañón anular. Una obra maestra del Renacimiento...

»Gracias por no tocar, pues el tiempo también lleva a cabo su gran obra, y el roce repetido de mil dedos es, para la piedra, tan cruel como mil estocadas...».

Yo alucinaba...

«Por desgracia, no puedo enseñarles la capilla, pues la están restaurando, pero les ruego que no abandonen este mi modesto castillo sin antes dar una vuelta por el parque, donde no podrán por menos de percibir las extrañas vibraciones que irradian estas piedras, destinadas, les recuerdo, a albergar los amoríos de aquel que casi fue rey, atrapado entre las redes de una perturbadora hechicera...».

Murmullos entre los presentes.

«... Para quien le interese, tarjetas postales, fotografías de recuerdo con armadura y cuarto de baño a la salida del parque...

»Deseándoles que pasen un día agradable, me permito, damas y caballeros, rogarles que no olviden a este pobre guía. ¿Qué digo, guía? ¡Al pobre reo de este lugar! El esclavo privilegiado que no les pide limosna sino lo suficiente para subsistir hasta el regreso del conde de París.

»Gracias.

»Gracias, señoras.

»Thank you, sir...».

Seguimos al grupo mientras Vincent se retiraba por una puerta disimulada.

El populacho estaba encantado.

Nos fumamos un cigarrillo mientras lo esperábamos.

El tipo de la entrada enganchaba a la chiquillería a una armadura abollada y sacaba una foto con una Polaroid. Los niños posaban con el arma que eligieran.

Dos euros la foto.

¡Yonathan! ¡Ten cuidado, hombre, que le vas a sacar un ojo a tu hermana!

El tipo era súper zen, o estaba súper ido o era súper alelado. Se movía muy despacio y parecía carente de toda energía. Estaba ahí, con un cigarrillo entre los labios y una gorra de los Chicago Bulls con la visera hacia atrás: un espectáculo de lo más desconcertante. Era un paleta pintoresco, desde luego.

¡Yonathan! ¡Que dejes eso ahora mismo te he dicho!

Cuando se marchó la gente, el Alelado cogió un rastrillo y se alejó, masticando su pitillo.

Empezábamos ya a preguntarnos si el baroncito de La Lariotine se dignaría hacer acto de presencia...

Yo no paraba de repetir «O sea, yo alucino... yo alucino, vamos, es que alucino...», sacudiendo la cabeza de lado a lado.

Mientras, Simon se interesaba por el mecanismo del puente levadizo, y Lola enderezaba un rosal trepador.

Por fin llegó Vincent, sonriendo. Ahora vestía un vaquero negro desgastado y una camiseta de Sundyata.

—Eh, pero ¿qué estáis haciendo aquí?

—Nada, que te echábamos de menos...

—¿Sí? Qué majos.

—¿Qué tal estás?

—Genial. Pero ¿no ibais a ir a la boda de Hubert?

—Sí, pero nos equivocamos de carretera.

—Ah, ya... Pues guay, mola.

Típico de Vincent. Tranquilo, simpático. Tampoco es que estuviera emocionadísimo de vernos, pero sí bastante contento.

Nuestro Pierrot lunaire, nuestro marciano, nuestro hermano pequeño, nuestro Vincent.

Guay.

—Y bien —dijo, separando los brazos—, ¿qué os parece mi pequeño campamento?

—Espera, espera, ¿qué son todas esas chorradas? —le pregunté.

—¿A qué te refieres? ¿A las cosas que cuento? Ah, eso... A ver, no todo son chorradas sin más... Al fin y al cabo, la tal Isaura sí que existió, es sólo que... bueno, que no estoy seguro al cien por cien de que se dejara caer por aquí... Según los archivos, era más bien del pueblo de al lado, pero como el castillo de ese pueblo se quemó... Pues había que buscarle una choza a la pobre, ¿no crees?

—Sí, sí, pero ¿y eso de tus antepasados, y esa pinta como de aristócrata que llevas y todos esos disparates que les acabas de contar?

—Ah, ¿eso...? Bueno, a ver, ¡poneos en mi lugar! Llegué aquí a principios de mayo, cuando empezaba la temporada. La vieja me dijo que se iba a un balneario y que me pagaría el primer mes cuando volviera. Desde entonces, no he vuelto a saber de ella. La abuelita ha desaparecido. Estamos en agosto, y este menda no ha visto ni a la dueña del castillo, ni nómina que valga, ni giro postal, ni nada de nada. ¡Y hay que comer! Por eso me he tenido que inventar todo ese cuento. No tengo más que las propinas para vivir, y la gente no te creas que da propina así como así. La gente quiere pagar por algo que merezca la pena, y, como puedes ver, esto no es Disneylandia exactamente... ¡Así que don Sebastián se pone el blazer y el anillo de sello, y enseña su propiedad a los curiosos!

—Es un disparate.

—Pero hija, a ver, no hay más remedio...

—¿Y ese de ahí quién es?

—Ése es Nono. Es un empleado del municipio.

—Y... esto... ¿no es un poco rarito...?

Vincent estaba terminando de liarse un cigarrillo:

—Ni idea. Sólo sé que es Nono. Si entiendes a Nono, bien, si no, lo llevas chungo.

—Pero ¿y qué haces aquí todo el día?

—Por las mañanas, duermo; por las tardes, enseño el castillo a los visitantes, y por las noches, me dedico a mi música.

—¿Aquí?

—En la capilla. Ya os la enseñaré... ¿Y vosotros? ¿Qué hacéis vosotros?

—Pues nosotros... nada. Queríamos invitarte a cenar...

—¿Cuándo? ¿Esta noche?

—¡Pues claro, tonto! ¿Cuándo si no? ¡No va a ser después del juicio final!

—Es que esta noche no puede ser... Es que es justamente la boda de la sobrina de Nono, y me han invitado...

—Nada, nada, si te molestamos nos lo dices, ¿eh?

—¡Que no, hombre, que no! Si es genial que hayáis venido. Espera, ahora mismo lo arreglamos... ¡Nono!

El tipo se volvió despacio.

—¿Crees que sería mucha molestia si a la boda también vinieran mis hermanos?

Nono nos miró fijamente un buen rato y luego preguntó:

—¿Es tu hermano?

—Sí.

—¿Y ellas? ¿Son tus hermanas?

—Sí.

—¿Son vírgenes todavía?

—Oye, Nono, ¡que no es ésa la cuestión! Joder, Nono... ¿Te parece que pueden venir esta noche sí o no?

—¿Quiénes?

—Jodeeeer, no puedo con este tío, ¡pues ellos, quién va a ser!

—Venir ¿adónde?

—¡A la boda de Sandy!

—Pues claro. ¿Por qué me lo preguntas?

Me señaló con la barbilla y añadió:

—¿Y ella también viene?

Glups.

Ay de mí, mi hermano acaba de encasquetarme al horroroso Gollum...

Vincent estaba agobiadísimo.

—No puedo con este tío. La última vez no sé qué coño hizo que un chaval se quedó atascado dentro de la armadura, y hubo que llamar a los bomberos... No os descojonéis, cómo se ve que vosotros no lo tenéis que aguantar todos los días...

—¿Entonces por qué vas a la boda de su sobrina?

—No tengo más remedio. Es muy sensible... Sí, venga, vosotras seguid descojonándoos, vírgenes mías... Jo, tío, Simon, estas dos siguen igual, ¿no? Bueno, y es que además su madre me da un montón de cosas ricas. Que si patés, que si verduras de su huerto, que si salchichones... Si no llega a ser por ella no habría podido apañarme aquí.

Yo flipaba.

—Bueno, yo aquí de charleta con la de cosas que tengo que hacer... Tengo que hacer caja, limpiar el retrete, ayudar al tarado ese a rastrillar el parque y cerrar todas las puertas.

—¿Cuántas hay?

—Ochenta y cuatro.

—Pues te echamos una mano...

—Guay, qué majos. Mirad, ahí hay otro rastrillo, y para el retrete se coge la manguera...

Nos remangamos todos, a pesar de nuestras galas, y nos pusimos manos a la obra.



—Bueno, así está bien. ¿Queréis que vayamos a bañarnos?

—¿Dónde?

—Aquí abajo hay un río...

—¿Está limpio? —quiso saber Lola.

—¿No mearán ahí los zorros, no? —añadí yo.

—¿Qué?

No nos entusiasmaba mucho la idea.

—¿Tú sueles ir?

—Todas las tardes.

—Entonces vamos contigo...

Simon y Vincent caminaban delante.

—Tengo un *single* de los MC5 para ti.

—¿En serio?

—Pues sí...

—¿Primer prensaje?

—Pues sí...

—Qué guay. ¿Cómo lo has conseguido?

—¡Cáspita, si es que a Monseñor Sebastián no se le puede negar nada!

—¿Te das un chapuzón conmigo?

—Claro.

—¿Y vosotras, chicas? ¿Os apetece un bañito?

—Yo si el obseso ese anda por aquí, paso —le dije a Lola al oído.

—¡No, no, baños vosotros! Nosotras miramos.

—Está aquí —dije entre dientes—. Lo presiento... Nos espía detrás de las ramas...

Mi hermana se reía.

—O sea, yo es que alucino, te lo juro...

—Que sí, que vale, que ya nos hemos enterado de que alucinas. Anda, siéntate.

Lola había sacado la revista de cotilleos de mi bolso y pasaba las hojas buscando nuestro horóscopo.

—Tú eres Libra, ¿no?

—¿Eh? ¿Qué dices? —dije, volviéndome muy deprisa para ahuyentar al onanista Nono.

—A ver... ¿Me estás escuchando?

—Sí.

—*Esté alerta. En este periodo dominado por Venus en Leo, todo puede ocurrir. Puede conocer a alguien; el gran Amor, el que estaba usted esperando, está muy cerca. Asuma su encanto y su sex-appeal y, sobre todo, esté abierta a cualquier oportunidad. Su carácter expansivo le habrá jugado más de una mala pasada. Va siendo hora de que asuma su lado romántico.*

La tonta de Lola estaba muerta de risa.

—¡Nono! ¡Vuelve! ¡Aquí la tienes! ¡Va a asumir su lado ro...!

Le tapé la boca con la mano.

—Qué chorrada. Estoy segura de que te lo has inventado todo...

—¡Qué va, para nada! ¡Léelo tú misma!

Le arranqué esa basura de las manos.

—A ver, trae...

—Aquí, mira... *dominado por Venus en Leo*, no me invento nada...

—Qué chorrada...

—Bueno, yo de ti estaría alerta por si acaso...

—Pfff... Esto de los horóscopos no son más que tonterías...

—Tienes razón. Vamos a ver mejor qué se cuece en Cannes y en Saint-Tropez...

—A ver... ¡No me digas que esas tetas son de verdad!

—Sí, hombre, qué van a ser de verdad...

—¿Y has visto el...? ¡¡¡Ayyyyyy!!! ¡Simon, vete ahora mismo o llamo a tu mujer!

Los chicos habían venido a salpicarnos.

Nos lo tendríamos que haber imaginado... O más bien recordado... Vincent, con los carrillos llenos de agua, se puso a perseguir campo a través Lola, que gritaba mientras se le iban cayendo todos los botones del vestido.

Yo recogí en un santiamén nuestras cosas y los seguí corriendo, no sin gritar «¡fuera!, ¡fuera!» a todos los arbustos del lugar, blandiendo los dedos índice y meñique, a guisa de cuernos.

Vade retro, Satanás.



Vincent nos mostró los aposentos privados de su mansión.

Espartanos.

Se había bajado una cama de la primera planta —donde hacía demasiado calor— y se había instalado en la cuadra. Casualmente, había elegido el box de Cara Bonita.

Entre Polka y Huracán...

Iba vestido como un milord. Botas impecablemente lustradas, traje blanco en el más puro estilo años setenta; pantalón de talle bajo y camisa de seda rosa pálido de cuellos tan puntiagudos que le hacían cosquillas en los hombros. Cualquier otro hubiera parecido ridículo con ese atuendo, pero Vincent estaba elegante.

Fue a buscar su guitarra. Simon sacó el regalo de la boda de Hubert del maletero de su coche y bajamos hasta el pueblo.

La luz del atardecer era muy hermosa. La campiña entera, con sus tonos ocres, bronce y oro viejo descansaba tras la larga jornada.

Vincent nos pidió que nos volviéramos un momento para admirar su castillo.

Era esplendoroso.

—Lo decís de coña...

—Qué va, qué va, para nada... —protestó Lola, siempre preocupada por la Armonía Universal.

Simon se puso a cantar:

—Qué bonitooooo es mi castillooooooooo...

Simon cantaba, Vincent reía, y Lola sonreía. Caminábamos los cuatro por el medio de una carretera de asfalto caliente a la entrada de un pueblecito de la región de Indre.

Flotaba en el aire un olorcillo a alquitrán, a menta y a heno recién segado. Las vacas nos miraban pasar, y los pájaros se llamaban unos a otros porque era la hora de cenar.

Qué bien se estaba.

Lola y yo nos volvimos a poner disfraz y sombrero.

Porque una boda es una boda.

O por lo menos eso nos decíamos hasta que llegamos a nuestro destino...

Entramos en un salón de fiestas que olía a sudor y a calcetines sucios y donde hacía un calor horroroso. Había un montón de tatamis apilados en un rincón, y la novia estaba sentada bajo una canasta de baloncesto. Parecía algo superada por la situación.

Mesas corridas en plan banquete de Astérix, vino de la región en abundancia y música a todo volumen.

Una mujer gorda muy emperifollada se precipitó hacia nuestro hermano pequeño:

—¡Ah, aquí está! ¡Ven, hijo, ven! Nono me ha dicho que estabas con la familia... ¡Venid, venid por aquí! ¡Huy, pero qué guapos son todos! ¡Qué sombrero más bonito! ¡Y ésta qué delgada! ¿Qué pasa, que no os dan de comer en París? Sentaos. Comed, chicos, comed. Comida no falta hoy aquí. Decidle a Gérard que os ponga de beber. ¡Gérard! ¡Ven, anda!

Vincent no conseguía zafarse de los besos de la buena señora, y yo, mientras, comparaba. Pensaba en el contraste entre la amabilidad de esa señora desconocida y el desprecio cortés de mis tías abuelas hacía un rato. Vamos, que alucinaba...

—Bueno, digo yo que habría que saludar a la novia, ¿no?

—Eso, hala, muy bien, *ir* a saludarla y de paso a ver si veis a Gérard por ahí... Espero que no esté ya tirado debajo de una mesa, borracho perdido, no quiero que nos haga quedar mal.

—¿Qué regalo traes? —le pregunté a Simon.

No lo sabía.

Besamos por turnos a la novia.

El novio estaba coloradote y miraba con cara rara la fantástica fuente para quesos, elegida por Carine, que su mujer acababa de desembalar. Era un artilugio ovalado con asas en forma de vid y hojas de parra de Plexiglas.

No parecía muy convencido.

Nos sentamos en el extremo de una mesa, donde nos recibieron con los brazos abiertos los dos tíos de la novia, que estaban ya bastante achispados.

—¡Gé-rard! ¡Gé-rard! ¡Gé-rard! ¡Eh, chavales, traed de comer a estos amigos! ¡Gérard! Pero ¿dónde se habrá metido éste, me *cagüendiez*?

Entonces llegó Gérard con su tonel de vino, y empezó la fiesta.

Después de la macedonia a la mayonesa con vieiras, la ensalada de brotes con patatas fritas y mayonesa, el queso de cabra y la tarta nupcial, todo el mundo se hizo a un lado para dejar sitio a Guy Macroux y su orquesta.

Estábamos como reyes. No perdíamos ripio, con los ojos y los oídos bien abiertos. A la derecha, la novia abría el baile con su padre al son de un vals interpretado al acordeón, a la izquierda los dos tíos de la novia se enzarzaban en una discusión sobre la nueva señal de prohibido que habían colocado delante de la panadería Pidoune.

Nos parecía todo muy pintoresco.

No. Mejor que eso y menos condescendiente: delicioso.

Guy Macroux se daba un aire al cantante Darío Moreno.

Bigotito teñido, chaleco brillantoso, muy enjoyado y voz de terciopelo.

Tras los primeros compases de acordeón, todo el mundo estaba en la pista.

«Lo que le va, es un chachachá

—¡Ah!

Lo que baila con garbo es un paso de mambo

—¡Oh!».

—¡Venga! ¡Todos juntos!

La la la la... La la la la...

—¡No oigo nada!

LA LA LA LA... LA LA LA LA...

—¡Y allá al fondo! ¡Esas abuelitas! ¡Vamos, chicas, a cantar con nosotros!

¡Chiquichiquichí!

Lola y yo bailábamos como descosidas, y me tuve que subir la falda para no perder el compás.

Los chicos, como de costumbre, no bailaban. Vincent trataba de camelarse a una señorita de escote lechoso, y Simon escuchaba las batallitas de un viejo viñador que rememoraba la época del mildiu.

Después vino lo de *¡la liga, la liga, la liga!*, con los excesos y la vulgaridad de siempre. Llevaron en volandas a la novia hasta una mesa de ping-pong y... en fin... mejor no contarlo. O quizá es que yo soy demasiado fina.

Salí del local. Empezaba a echar de menos París.

Lola se reunió conmigo *for the moonlight* pitillo.

La seguía un tipo un pelín pesado (es decir, grande, gordo y bastante peludo) empeñado en volver a sacarla a bailar.

Vestía camisa hawaiana de manga corta, pantalón de viscosa, calcetines blancos de tenis, con la rayita arriba y todo, y mocasines de rejilla.

Vamos, un primor.

Y, y, y... casi se me olvida: ¡el famoso chaleco de cuero lleno de bolsillos! Tres a la izquierda y dos a la derecha. Y el cuchillo de monte en el cinturón. Y el móvil en su funda enganchado a la cintura. Y un pendiente.

Y gafas de sol molonas. Y una cadena para engancharse la cartera. Sólo le faltaba el látigo.

Indiana Jones en persona.

—¿No nos presentas?

—Esto... sí, claro... A ver... esto... Mi hermana Garance y... esto...

—¿Ya no te acuerdas de mi nombre?

—Esto... ¿Jean-Pierre?

—Michel.

—¡Ah, sí, Michel! Michel, Garance; Garance, Michel...

—Hola —dije, intentando por todos los medios contener la risa.

—Jean-Michel, Jean-Michel, así me llamo O bueno, mejor dicho, así me llaman... Michel como el monte Saint-Michel... ¿Así que sois hermanas? Qué curioso, pues no os parecéis nada... ¿Estáis seguras de que una de las dos no es del repartidor del butano?

Jua jua jua.

Cuando se alejó, Lola sacudió la cabeza:

—No puedo más. Me ha tocado el peor de toda la región. Y no te cuento el sentido del humor tan fino que tiene... Qué tipejo más horroroso...

—Calla, calla, aquí viene otra vez.

—¡Eh! ¿Te sabes el chiste del tío que tenía cinco pollas?

—Pues... no, no tengo esa suerte.

—Pues esto es un tío que tenía cinco pollas.

Silencio.

—¿Y? —pregunto.

—¡Pues nada, que los gayumbos le iban como un guante!

Socorro.

—¿Y te sabes el de la puta que no la quería chupar?

—¿Perdón, cómo has dicho?

—¿Sabes cómo llaman a una puta que pasa de chuparla?

Lo que más gracia me hacía era la cara de mi hermana. Mi hermana, siempre tan elegante con sus vestidos *vintage* de Yves Saint-Laurent, el

porte que le había quedado de sus años de ballet y su sortija con pedrusco... Lola, que se sulfura en cuanto se trata de comer en un restaurante de manteles de papel... Verla ahí, con su aire patidifuso y sus ojazos abiertos como platos de porcelana de Sèvres, era grandioso.

—Venga, di, ¿lo sabes?

—Pues mira, no, es que a mí (también) me ha comido la lengua el gato...

(Elegante y divertida. La adoro).

—¡No la llama ni Dios! ¡Jajajá!

Ya no había quien lo parara... Se volvió hacia mí, con los pulgares metidos en los bolsillos de su chaleco:

—¿Y tú? ¿Te sabes el del tío que envuelve a su hámster en cinta aislante?

—No. Pero paso de que me lo cuentes porque seguro que es un asco.

—Ah... Pero entonces ¿te lo sabes?

—Oye, mira, Jean-Mont-Saint-Michel, ¿te importa?, es que me gustaría hablar un poco con mi hermana...

—Vale, vale, ya me abro. Hala, ¡hasta luego, chochitos!

—¿Qué, ya se ha ido?

—Sí, pero en su lugar ahora viene Toto.

—¿Quién es Toto?

Nono se había sentado en una silla delante de nosotras.

Nos observaba, rascándose el interior de los bolsillos del pantalón con suma aplicación.

En fin.

Supongo que el traje nuevo debía de producirle una irritación local...

Santa Lola le dedicó una sonrisita para que no se sintiera incómodo.

En plan: hola, Nono. Somos tus nuevos amigos. Bienvenido a nuestro corazón...

—¿Todavía sois vírgenes? —preguntó él.

Decididamente, el tío estaba obsesionado...

Sor Sonrisas hizo como si nada:

—¿De modo que es usted el guardián del castillo?

—Tú, calla. Estoy hablando con la tetona.

Lo sabía, sí, lo sabía. Sabía que después nos reiríamos de esto. Que un día seríamos viejas y que, dado que no nos habríamos tomado en serio lo de la gimnasia del suelo pélvico, nos haríamos pis encima recordando esa noche. Pero en ese momento no me hacía ni pizca de gracia porque... porque al tal Nono se le caía la baba por el lado de la boca en que no tenía la colilla, y era algo de verdad flipante. Ese hilillo de saliva que brillaba a la luz de la luna...

Por suerte justo entonces llegaron Simon y Vincent.

—¿Nos piramos?

—Buena idea.

—Ahora os alcanzo, voy a buscar mi guitarra.

Te quiero tantoooooo...

Dubidubidú... Dudú...

La voz de Guy Macroux resonaba en todo el pueblo, y nosotras bailábamos entre los coches.

Estos gritooooooooos de alegríiiiiia, son para tiiiiiii...

—Bueno, qué, ¿y ahora adónde vamos?

Vincent rodeó el castillo y se adentró por un sendero oscuro.

—A tomar una última copa. A una especie de *after*, por llamarlo de alguna manera... ¿Estáis cansadas, chicas?

—¿Y Nono? ¿No nos habrá seguido?

—Que no, hombre... Anda, olvídate de él... Bueno, qué, ¿venís?

Era un campamento de gitanos. Había unas veinte caravanas a cual más larga, grandes furgonetas blancas, ropa tendida, colchones por el suelo, bicicletas, churumbeles, barreños, neumáticos, antenas parabólicas, televisores, ollas, perros, gallinas y hasta un *cerdito* negro.

Lola estaba horrorizada:

—Son más de las doce, y los niños todavía por ahí en danza. Pobrecitos...

Vincent se reía.

—¿Te parece que tienen aspecto de ser desgraciados?

Se reían, correteando de un lado a otro, y se precipitaron todos hacia Vincent. Se peleaban por llevarle la guitarra, y las niñas nos cogieron de la mano.

Mis pulseras las tenían fascinadas.

—Van a la romería gitana de Saintes-Maries-de-la-Mer... Espero que se hayan marchado para cuando vuelva la vieja, porque fui yo quien les dijo que podían instalarse aquí...

—Como el capitán Haddock en *Las joyas de la Castafiore* —se burló Simon.

Un gitano viejo lo abrazó:

—¡Hombre, hijo, aquí estás otra vez!

Anda que no le habían salido familias nuevas a Vincent... No era de extrañar que pasara de la nuestra.

El resto fue como en las pelis de Kusturica antes de que se le subiera el éxito a la cabeza.

Los viejos cantaban unas canciones súper tristes que te partían el alma, los jóvenes daban palmas, y las mujeres bailaban alrededor de la lumbre. La mayoría eran gordas y tenían mal tipo, pero cuando se movían, todo a su alrededor ondulaba.

Los niños seguían correteando de un lado para otro, y las viejitas veían la tele mientras acunaban a los bebés. Casi todos tenían dientes de oro y sonreían de oreja a oreja para enseñarnoslos.

Vincent estaba entre ellos, y todos lo mimaban. Tocaba con los ojos cerrados, apenas un poco más concentrado que de costumbre, para no desafinar ni perder el compás.

Los viejos tenían uñas como garras, y sus guitarras estaban desgastadas allí donde arañaban las cuerdas.

Ran, ran, toc.

Aunque no se entendiera nada, no era difícil adivinar la letra...

Oh, tierra mía, ¿dónde estás? Oh, amor mío, ¿dónde estás?

Oh, amigo mío, ¿dónde estás? Oh, hijo mío, ¿dónde estás?

Y lo que seguía debía de ser algo así:

He perdido mi tierra, sólo me quedan recuerdos.

He perdido a mi amor, sólo me quedan penas.

He perdido a mi amigo, canto por él.

Una vieja nos servía cervezas sin gas. En cuanto nos las terminábamos, volvía a la carga.

Lola tenía los ojos brillantes, había sentado a dos niñas en su regazo y apoyaba la barbilla sobre sus cabezas. Simon me miraba sonriendo.

Anda que no habíamos recorrido camino desde que salimos de París por la mañana...

Vaya, aquí vuelve la abuela risueña con sus birras calentorras...

Le hice una seña a Vincent para saber si tenía un porrito, pero me indicó con un gesto que me callara, que más tarde. Otra contradicción, mira... Entre esta gente que no lleva a sus niños al colegio, que deja quizá que en ese campamento de mala muerte se pudra un pequeño Mozart y que hace lo

que le da la gana con nuestras leyes de sedentarios laboriosos, no se fuma hierba.

Por santa Mercedes Benz, eso ni mentarlo aquí.



—Chicas, vosotras podéis dormir en la cama de Isaura...

—¿Con los estertores que suben desde las mazmorras? No, gracias.

—¡Pero si eso no son más que chorradas!

—¿Y sabiendo que el tarado ese tiene las llaves? Ni hablar. ¡Dormimos con vosotros!

—Vale, vale, Garance, no te cabrees...

—¡No me cabreo! ¡Es sólo que todavía soy virgen, mira tú por dónde!

A pesar del cansancio, había conseguido hacerles reír. Estaba muy orgullosa de mí misma.

Los chicos durmieron en el box de Cara Bonita, y nosotras, en el de Huracán.

Nos despertó Simon, que había ido al pueblo a por *croissants*.

—¿Son de la panadería Pidoule? —le pregunté en medio de un bostezo.

—Pidoune.

Ese día, Vincent no abrió la verja del castillo. «*Cerrado por derrumbamiento*», escribió en un trozo de cartón.

Nos llevó a visitar la capilla. Ayudado por Nono, había trasladado el piano del castillo hasta allí y lo había colocado delante del altar, para que todos los ángeles del cielo pudieran bailar al compás de la música.

Nos obsequió con un pequeño concierto.

Tenía gracia encontrarnos ahí un domingo por la mañana, sentados en un reclinatorio, serios y muy quietecitos, bañados por la luz que se colaba por los vitrales, escuchando una nueva versión de toc, toc, toc *on heavens door*...

Lola quería visitar el castillo de arriba abajo. Le pedí a Vincent que interpretara su show para nosotros. Nos partíamos de risa.

Nos lo enseñó todo: el lugar donde vivía la dueña del castillo, sus corsés, su silla orinal, sus trampas para roedores, sus recetas de patés, su botella de licor y su anuario de la nobleza de Francia, todo mugriento de haberlo sobado miles de veces. También la bodega, el sótano, las dependencias, el guadarnés, el pabellón de caza y el antiguo camino de ronda.

Simon se maravillaba con el ingenio de los arquitectos y otros expertos en fortificaciones. Mientras, Lola recogía plantas para su herbario.

Yo estaba sentada en un banco de piedra y los observaba a los tres.

Mis hermanos, asomados al foso del castillo... Simon debía de estar pensando con nostalgia en su última maravilla teledirigida... Ah, ojalá estuviera allí Sésil Dóbelyu... Me imagino que Vincent le leería el pensamiento, porque precisó:

—Olvida tus barcos... En esa agua hay carpas monstruosas... Se los zamparían en un santiamén...

—¿En serio?

Silencio pensativo, acariciando el musgo del murete...

—Al contrario —murmuró por fin nuestro capitán Achab—, sería mucho más divertido... Tengo que volver aquí con Léo... Que unos peces bien gordos se zampen esos barcos tan bonitos que nunca le han dejado tocar sería lo mejor que podría pasarnos a los dos...

No oí el resto, pero vi que se chocaban los cinco como si acabaran de cerrar un trato redondo.

Y ahí estaba mi Lola de rodillas, dibujando entre las margaritas y los guisantes de olor... La espalda de mi hermana, su gran sombrero, las mariposas blancas que se atrevían a acercarse, su cabello recogido en un moño sujeto con un pincel, su nuca, sus brazos que un divorcio reciente había descarnado y la parte de abajo de su camiseta, que utilizaba para difuminar los colores. Esa paleta de algodón azul que poco a poco se iba cubriendo de acuarela...

Nunca había lamentado tanto no tener conmigo mi cámara de fotos.

Echémosle la culpa al cansancio, pero el caso es que me sorprendí a mí misma poniéndome de lo más sentimental. Sentí una enorme bocanada de ternura por esos tres y la intuición de que estábamos viviendo nuestras últimas meriendas de infancia...

Hacía casi treinta años que estos tres chicos me alegraban la vida... ¿Qué iba a ser de mí sin ellos? ¿Y cuándo terminaría la vida por separarnos?

Porque así son las cosas. Porque el tiempo separa a los que se quieren, y nada perdura.

Lo que estábamos viviendo, y los cuatro nos dábamos perfecta cuenta de ello, era una pizquita de felicidad robada. Una tregua, un paréntesis, un instante de gracia. Unas pocas horas sisadas a los demás...

¿Durante cuánto tiempo más tendríamos la energía de escapar así del día a día para saltar la verja del colegio? ¿Cuántas vacaciones nos daría aún la vida? ¿Cuántas burlas nos haría todavía? ¿Cuántos poquitos más de cosas buenas nos tenía reservados todavía? ¿Cuándo íbamos a perdernos y cómo se iría difuminando lo que aún nos unía?

¿Cuántos años nos quedaban todavía antes de hacernos viejos?

Y sé que éramos todos conscientes. Nos conozco bien.

El pudor nos impedía hablar de ello pero, en ese momento preciso de nuestros caminos, lo sabíamos.

Sabíamos que, al pie de ese castillo en ruinas, estábamos viviendo el final de una época y que se acercaba el momento del cambio. Que había que zafarse de esa complicidad, esa ternura, ese amor algo rugoso. Había que desprenderse de todo eso. Abrir la palma de la mano y crecer por fin.

También los Dalton tenían que marcharse cada uno por su lado al atardecer...

Y como soy tonta de remate, casi había conseguido hacerme llorar yo sola, pero entonces vi algo a lo lejos, en el camino...

Pero ¿qué era eso?

Me levanté, entornando los párpados.

Un animal, sí, un animalillo avanzaba con dificultad hacia mí.

¿Estaba herido? ¿Qué era?

¿Un zorro?

¿Un zorro que nos hubiera mandado Carine, con su tubito de orina en la pata?

¿Un conejo?

Se trataba de un perro.

Era increíble.

Era el perro que había visto el día anterior por la ventanilla del coche y que se había disuelto en el parabrisas trasero...

Era el perro con cuya mirada me había cruzado a cien kilómetros de allí.

No. No podía ser el mismo... Pero sí, sí que era...

¡Madre mía, me iban a hacer presidenta honorífica de la sociedad protectora de animales!

Me agaché, tendiéndole la mano. El pobre ni siquiera tenía fuerzas para menear la cola. Dio tres pasos más y se desplomó entre mis piernas.

Me quedé inmóvil unos segundos. Estaba muy asustada.

Un perro había venido a morir a mis pies.

Pero no, al final gimió lastimeramente, tratando de lamerse una pata. Sangraba.

En ese momento llegó Lola y dijo:

—Pero ¿de dónde ha salido este perro?

Levanté la cabeza para mirarla y contesté con voz trémula:

—Yo alucino.

Enseguida los cuatro nos deshicimos en mimos y atenciones. Vincent fue a traerle un poco de agua. Lola se puso a prepararle algo rico de comer y Simon mangó un cojín del saloncito amarillo.

El animalito bebió como un descosido y se desplomó otra vez sobre el polvo del camino. Lo llevamos a la sombra.

Era una historia increíble.

Nos preparamos algo de picar y bajamos al río.

Tenía un nudo en la garganta al pensar que lo más probable era que el perro la hubiera palmado para cuando volviéramos. Pero bueno, al menos... había elegido un lugar bonito... y unas plañideras estupendas...

Los chicos colocaron las botellas entre unas piedras a la orilla del río mientras nosotras extendíamos una manta en el suelo. Nos sentamos, y entonces Vincent dijo:

—Anda, mira, aquí está otra vez...

El perro había vuelto a arrastrarse hasta mí. Se tumbó hecho un ovillo contra mi muslo y se quedó roque al instante.

—Me parece que intenta decirte algo —declaró Simon.

Los tres se reían, burlándose de mí:

—¡Venga, Garance, tía, no pongas esa cara! Te quiere, nada más. Venga... anímate... Que no pasa nada.

—¿Pero qué queréis que haga yo con un chucho?! ¿Me veis con un perro en mi minúsculo estudio, en un sexto sin ascensor?

—No puedes hacer nada —dijo Lola—, acuérdate de tu horóscopo... Estás dominada por Venus en Leo, tienes que aceptarlo. Éste es el gran encuentro para el que tenías que prepararte. Mira que te avisé...

Se partían de risa, cada vez más.

—Tienes que verlo como una señal del destino —terció Simon—, este perro llega para salvarte...

—... para que lleves una vida más sana, más equilibrada —añadió Lola.

—... para que madrugues por las mañanas para llevarlo a hacer pis —dijo Simon—, para que te compres un chándal y tomes un poco el aire todos los fines de semana.

—Para que tengas horarios, para que te sientas responsable —prosiguió Vincent, sumándose a los otros dos.

Yo estaba hecha polvo.

—Un chándal, no, cualquier cosa menos un chándal...

Descorchando una botella, Vincent concluyó:

—Además es un perro bien bonito...

Por desgracia, estaba de acuerdo con él. Un perro medio pelado, comido por las pulgas, cochambroso, mugriento, un chucho harapiento pero... bonito.

—Con todo lo que ha hecho para encontrarte, no tendrás el valor de abandonarlo, espero...

Me incliné para mirarlo. Era bonito, pero muy bien no olía que digamos...

—¿Lo vas a llevar a una perrera?

—Eh... ¿por qué yo, vamos a ver? ¡Lo hemos encontrado juntos, por si no os acordáis!

—¡Mira! —exclamó Lola—, ¡te está sonriendo!

Fuck. Era verdad. Se había vuelto para mirarme y agitaba débilmente el rabo, dirigiendo los ojos hacia mí.

Oh... ¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Y cabría en la cesta de mi bici? Y mi portera, que ya tenía tantos motivos para estar cabreada conmigo...

¿Y qué comen los perros?

¿Y cuántos años viven?

¿Y la bolsita esa para recoger las cacas? ¿La correa que se autobloquea, las conversaciones estúpidas con todos los vecinos que bajan a levantar la pata después de la película y las albóndigas esas que salen en los anuncios de comida para perros?

Ay, Señor.

El vinito de Bourgueil estaba fresquito. Mordisqueamos torreznos, nos zampamos gruesas rebanadas de paté, saboreamos tomates tibios y dulces, pirámides de queso de cabra y peras de la huerta.

Estábamos a gusto. Se oía el gluglú del agua, el ruido del viento en los árboles y la cháchara de los pájaros. El sol jugueteaba con el río, crepitando por aquí, escabulléndose por allá, torpedeando las nubes y correteando por la orilla. Mi perro soñaba con el asfalto de París gruñendo de felicidad, y las moscas venían a incordiarnos.

Charlamos de las mismas cosas que cuando teníamos diez, quince y veinte años, es decir de los libros que habíamos leído, de las películas que habíamos visto, de la música que habíamos escuchado y de las páginas web que habíamos descubierto. De Gallica, de todos esos nuevos tesoros que estaban ahora disponibles en Internet, de los músicos que nos impresionaban, de esos billetes de tren, esas entradas de concierto que soñábamos con poder comprar, de esas exposiciones que nos íbamos a perder sin remedio, de nuestros amigos, de los amigos de nuestros amigos y de las historias de amor que habíamos vivido —o no. La mayoría de las veces, no, y en eso no había quién nos ganara. A la hora de contarlas, me refiero. Tumbados en la hierba, asaltados a picotazos por toda clase de bichos, nos burlábamos de nosotros mismos a golpe de insolación y de risa floja.

Y después hablamos también de nuestros padres. Como siempre. De Mamá y de Pop. De sus nuevas vidas. De sus amores y de nuestro futuro. En dos palabras, de esas cosillas y esas personas que llenaban nuestras vidas.

No eran ni muchas cosas ni mucha gente, y sin embargo... era infinito.

Simon y Lola nos hablaron de sus hijos. De sus progresos, sus travesuras y las frases que deberían haber apuntado en algún sitio antes de olvidarlas. Vincent nos habló largo rato de su música, ¿debía seguir? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Con quién? ¿Y qué esperanzas se podía permitir tener? Y yo les hablé de un nuevo compañero de piso que, esta vez, sí tenía papeles, de mi trabajo, de cómo me costaba verme como una buena jueza. Tantos años de estudios para tener al final tan poca confianza en mí misma... Era desconcertante.

¿En algún momento de mi vida me había perdido un cambio de agujas importante? ¿En qué la había pifiado? ¿Y me esperaba alguien en algún lugar? Los otros tres me animaron, me cantaron un poco las cuarenta, y yo fingí darles la razón y agradecer sus buenas intenciones.

De hecho nos cantamos todos las cuarenta y todos fingimos darnos la razón.

Porque la vida, al fin y al cabo, consistía un poco en ir de farol, ¿no?

Ese tapete demasiado corto y esas fichas que faltan. Esas manos demasiado flojas que nunca nos dejan ganar la partida... En eso estábamos igual los cuatro, con nuestros grandes sueños y el alquiler por pagar el día 5 de cada mes.

¡Entonces abrimos otra botella para darnos ánimos!

Vincent nos hizo reír contándonos sus últimos desengaños amorosos:

—¡A ver, echadme una mano, que no me aclaro! ¡Hace dos meses que persigo a esta chica, la he esperado seis horas en la puerta de su facultad, la he llevado tres veces a cenar a un sitio claro, la habré acompañado veinte veces hasta su residencia, que está en el quinto pino, dicho sea de paso, y la

he invitado a la ópera, que me costaron las entradas ciento diez euros cada una! ¡Joder!

—¿Y todavía no ha pasado nada entre vosotros?

—Nada. Nada de nada de mil novecientos nada. ¡Joder, es que tiene narices! ¡Doscientos veinte euros! ¿Os imagináis la cantidad de discos que me habría podido comprar con eso?

—Mira, Vincent, un tío que hace esa clase de cálculos tan mezquinos... Yo a esta chica la comprendo, qué quieres que te diga... —se burló Lola.

—Pero... ¿has... intentado besarla? —pregunté yo, ingenua.

—No. No me he atrevido. Sí, ya sé, es como para darme de tortas...

Nos burlamos a lo grande.

—Ya lo sé. Soy tímido, es una chorrada, pero qué le voy a hacer...

—¿Cómo se llama?

—Eva.

—¿Y de dónde es?

—No lo sé. Y eso que me lo dijo, pero no me enteré...

—Ya... Y esto... ¿crees que tienes alguna oportunidad de todas formas?

—Es difícil decirlo... Pero me ha enseñado fotos de su madre...

Ya era demasiado.

Rodábamos por la hierba, descojonados de risa, mientras nuestro Don Juan trataba de hacer saltar piedras sobre el agua y no daba ni una.

—Oh... —supliqué—, ¿me lo das?

Lola arrancó una página de su cuaderno de dibujo y me la tendió.

Lola había sabido ver la gran nobleza de mi heroico chucho tumbado a la bartola al sol. El único macho, ahora que lo pienso, que me ha perseguido con tanta constancia...

El dibujo siguiente era una vista preciosa del castillo.

—Desde el jardín inglés... —precisó Vincent.

—Deberíamos mandárselo a Pop y escribirle unas palabras —propuso sor Lola.

(Nuestro Pop no tenía móvil). (De hecho, tampoco había tenido nunca teléfono fijo...).

Como todas las suyas y como siempre, era una buena idea, y como siempre y por siempre, seguimos la estela de nuestra hermana mayor.

Aquello parecía los asientos del fondo del autocar al final del campamento de verano. Hoja y bolígrafo pasaron de mano en mano. Pensamientos, saludos, ternura, tonterías, corazoncitos dibujados y muchos besotes.

La pega —pero esto no era culpa de nuestro Pop, sino de Mayo del 68 — era que no sabíamos dónde exactamente teníamos que mandar nuestra cartita.

—Creo que está en un astillero en Brighton...

—¡Qué va! —rió Vincent—, ¡allí hace demasiado frío! ¡Que el abuelete ya tiene reuma! Está en Valencia con Richard Lodge.

—¿Estás seguro? —pregunté, extrañada—. La última vez que hablé por teléfono con él se iba a Marsella...

—...

—Bueno —zanjó Lola—, pues por ahora me la guardo en el bolso, y el primero que se entere de algo, que me lo diga.

Silencio.

Pero Vincent tocó unos acordes para que no se oyera.

Guardados en un bolso...

Todos esos besos que no se darían nunca. Todos esos corazones encerrados con llaves y talonarios.

Bajo los adoquines no había playa ni nada de nada.

¡Menos mal que yo tenía a mi perro! Estaba lleno de pulgas y se lamía concienzudamente los atributos.

—¿Por qué sonríes, Garance? —me preguntó Simon para cambiar de tema y no pensar más en cosas tristes.

—Por nada. Porque tengo mucha suerte, nada más...

Mi hermana volvió a sacar sus lápices de colores, los chicos se dieron un chapuzón y yo me puse a contemplar a mi perrito querido, que iba

resucitando conforme le daba trocitos de pan con embutido.

Se comía el embutido y escupía el pan, el muy caradura.

—¿Cómo lo vas a llamar?

—No lo sé.

Fue Lola la que decidió que era hora de irse. No quería llegar tarde porque le entregaban a los niños, y ya la notábamos nerviosa. De hecho, más que nerviosa, estaba inquieta, frágil, con una sonrisa como torcida.

Vincent me devolvió el iPod que me había birlado hacía meses:

—Toma, que anda que no hace siglos que te prometí que te haría este popurrí...

—¡Ay, gracias! ¿Has puesto todo lo que me gusta?

—No. Todo no, claro. Pero ya verás cómo te gusta de todas formas...

Nos despedimos con un beso, lanzándonos un montón de pullitas tontas para abreviar, y luego nos metimos en el coche. Simon cruzó el foso y luego aminoró la marcha. Yo me asomé por la ventanilla para gritar:

—¡Eh, Cara Bonita!

—¿Qué?

—¡Yo también tengo un regalo para ti!

—¿El qué?

—Eva.

—¿Qué pasa con ella?

—Llega pasado mañana en el autobús de Tours.

Corrió hacia nosotros.

—¿Qué? ¿Qué chorradas estás diciendo...?

—No es ninguna chorrada. La hemos llamado antes, mientras te estabas bañando.

—Mentirosas... —Estaba muy pálido—. A ver, para empezar, ¿cómo habéis conseguido su teléfono?

—Hemos mirado en la agenda de tu móvil...

—No es verdad.

—Tienes razón. No es verdad. Pero tú ve a la parada del autobús por si acaso.

Estaba rojo como un tomate.

—Pero ¿qué le habéis dicho?

—Que vivías en un gran castillo, que le habías compuesto un solo, y que tenía que oírlo porque se lo ibas a tocar en una capilla y que sería súper *romantichno*...

—Súper ¿qué?

—Es serbocroata.

—No os creo.

—Pues peor para ti. Ya se ocupará de ella Nono...

—¿Es verdad, Simon?

—No lo sé, pero conociendo a estas dos arpías, todo es posible...

Vincent había recuperado el color.

—¿Va en serio? ¿Llega pasado mañana?

Simon volvió a arrancar el motor.

—¡En el autobús de las siete menos veinte! —precisó Lola.

—¡El que para enfrente de la panadería Pidoule! —grité yo por encima de su hombro.

Cuando desapareció por completo en el retrovisor, Simon dijo:

—¿Garance?

—¿Qué?

—Pi-dou-ne, no Pidoule.

—Ah, sí, perdón. Anda, mira quién está ahí, el obseso ese...
¡Atropéllalo!

Queríamos esperar a estar en la autopista para escuchar el regalo de Vincent.

Lola se decidió por fin a preguntarle a Simon si era feliz.

—¿Lo dices por Carine?

—Un poco...

—Bueno... En casa es mucho más maja, ¿sabéis?... Sólo se pone tan pesada cuando estáis vosotras. Me imagino que es porque está celosa... Os tiene miedo. Cree que os quiero más que a ella y... y además vosotras sois todo lo que ella no es. Le desconcierta que estéis medio locas. Esa forma de ser vuestra tan divertida, tan libre... Creo que está como acomplejada. Le parece que, para vosotras, la vida es un gran patio de recreo y que seguís siendo esas alumnas tan populares que se burlaban de ella en el instituto porque era la primera de la clase. Esas chicas guapas, inseparables, divertidas y admiradas en secreto.

—Si ella supiera... —dijo Lola, apoyando la cabeza contra la ventanilla.

—Pero no sabe, de eso se trata precisamente. Comparada con vosotras, se siente como si no diera la talla. Es verdad que a veces es muy pesada, pero menos mal que está en mi vida... Carine me anima, tira de mí hacia delante, me obliga a espabilarme. Sin ella, no habría salido de mis curvas y mis ecuaciones, estoy seguro. ¡Sin ella, seguiría en un apartamento cutre de soltero repasando para el examen de mecánica cuántica!

Calló.

—Y además me ha dado dos regalos bien bonitos, al fin y al cabo...

Nada más pasar la garita del peaje, conecté el artilugio en la radio del coche.

A ver, chavalín... ¿qué nos has preparado aquí?

Sonrisas confiadas. Simon se aflojó el cinturón para hacerles sitio a los músicos. Lola bajó el respaldo de su asiento, y yo aproveché para acurrucarme en su hombro.

Marvin en plan jefe de pista: *Here my dear... This album is dedicated to you....* Una versión desenfundada del *Pata Pata* de Miriam Makeba para ir entrando en calor, *Hungry Heart* del Boss, porque hace quince años que el Boss nos hace mover el esqueleto, y, más adelante en la lista, *The River*, para alimentar ese corazón hambriento. *Beat It*, del difunto Michael

Jackson, a todo volumen para dar volantazos en la carretera, *Friday I'm in love*, de los Cure, para —perdonad un momento que bajo el volumen— celebrar el fantástico fin de semana que acabábamos de pasar, *Common People* de Pulp, canción con la que habíamos aprendido más inglés que con todos nuestros profes juntos. *Amado mío*, la que canta Rita Hayworth en la película *Gilda*, que nos da subidón a todos... *Amado mío, love me forever, and let forever begin tonight....* Y ya que estábamos en plan romántico, le seguía una bellísima versión de *Bésame mucho* interpretada por Cesária Evora, *Bésame, bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez...* Una versión sublime de *I Will Survive*, de Musica Nuda, y otra de *My funny valentine*, de Angela McCluskey, con la voz rota. De ella también, un *Don't explain* que podría emocionar al picaflor más cabronazo... Aznavour, con esa voz suya tan cálida, recordándonos cómo era la vida de los artistas sin gloria y sin blanca en *La Bohème....* El violín de Yo-Yo Ma para Ennio Morricone y sus jesuítas de *La misión*, Jacques Brel evocando el puerto de Amsterdam y Dylan repitiendo sin tregua *I want you* a dos hermanas casi vírgenes, un par de joyas de Nick Drake, fabulosas odas a la melancolía, *Day is done* y *Cello song*, qué talento este chico, lástima que muriera tan joven... *Love me or leave me*, implora Nina Simone mientras sorprende a Lola frotándose la nariz... Hey, hey, hey, a Simon no le gusta ver a su hermana triste, así que rápidamente cambia las tornas y le pone a las Weather Girls con su *It's raining men*, para animarla... Yves Montand en recuerdo de Paulette y Simon & Garfunkel porque sí, porque emocionan con su canción *For Emily, whenever I may find her...* ese final apoteósico que te pone la carne de gallina, *Oh, I love you... Eu sei que vou te amar*, cantada por Toquinho, y *Comptine d'un autre été* de Yann Tiersen, Björk que grita *it's oh so quiet*, el *Nisi Dominus* de Vivaldi para complacer a Camille y la canción de Neil Hannon que tanto le gustaba a Mathilde. Kathleen Ferrier para Mahler, Glenn Gould para Bach y Rostropovich para la paz. Una canción dulce, *Une chanson douce*, de Henri Salvador, la misma que nos cantaba nuestra madre y que, chupándonos el dedo, escuchábamos hasta que nos quedábamos dormidos. Lucio Dalla con su *Caruso... ti voglio bene assai, ma tanto tanto bene sai...* La banda sonora

de *En la boca no*, esa peli que me salvó la vida en un momento en que yo ya no quería seguir viviendo. Y otra banda sonora, la de *Juegos prohibidos*, con ese *Romance anónimo* no tan anónimo... Seguimos con el mítico Luis Mariano, que alaba a golpe de gorgorito el sol de México, Pyeng Threadgill repite *Close to me* y yo me digo que eso sí que es el no va más... La elegancia de Cole Porter sublimada por la de Ella Fitzgerald, y a esto le añadimos Cindy Lauper porque los contrastes son buenos, *Oh, daddy, the girls just wanna have fun!*, grito, sacudiendo a mi perro como si fuera el pompón de una animadora, para que todas sus pulgas bailen a gusto La Macarena.

Y muchas más... Montones de megaoctetos de felicidad.

Guiños, recuerdos, lentas fallidas en memoria de fiestas aburridas, *music was my first love* (For Connoisseurs only), Vincent había puesto un poquito de klezmer, la música alegre y festiva de los judíos del este de Europa, música de la Motown, música tradicional francesa, la que se tocaba con acordeón en los merenderos, canto gregoriano, fanfarrias o grandes órganos, y, de pronto, cuando el coche se estaba bebiendo toda la gasofa hasta la reserva, Ferré y Aragon cantaron su asombro: *Est-ce ainsi que les hommes vivent?*, ¿así es como viven los hombres?

Cuantas más canciones escuchábamos, más me costaba contener las lágrimas. Vale, ya lo he dicho antes, estaba cansada, pero sentía una bola en la garganta cada vez más gorda, cada vez más gorda...

Eran demasiadas emociones a la vez. Mi Simon, mi Lola, mi Vincent, mi Yo-alucino en mi regazo y toda esa música que me ayudaba a vivir desde hacía tanto tiempo...

Tenía que sonarme la nariz.

Cuando la máquina calló, creí que me sentiría mejor, pero entonces el desgraciado de Vincent empezó a hablar por los altavoces:

«Y ya está, se acabó, hermanita. Bueno, espero que no se me haya olvidado nada... Ah, sí, espera, aquí va la última...».

Era la versión de *Hallelujah* de Leonard Cohen que había hecho Jeff Buckley.

Con los primeros acordes de guitarra me tuve que morder los labios y me quedé mirando fijamente la lamparita del techo para contener las lágrimas.

Simon movió el retrovisor para que no tuviera escapatoria:

—¿Qué? ¿Estás triste?

—No —contesté, resquebrajándome por todas partes—, estoy súper... súper feliz.

Nos tiramos hasta el final del trayecto sin pronunciar una sola palabra. Rebobinando la peli en nuestras cabezas y pensando en el día siguiente.

Fin del recreo. Estaba a punto de sonar el timbre. De vuelta a clase todos en fila.

Silencio, por favor.

¡He dicho silencio!

Dejamos a Lola en la Puerta de Orleans, y Simon me acompañó hasta mi casa.

Cuando ya se iba, lo cogí del brazo:

—Espera, no tardo nada...

Y corrí a la tienda de los chinos.

—Toma —le dije, tendiéndole un paquete de arroz—, no olvides tus encargos, hombre...

Sonrió.

Siguió agitando el brazo mucho tiempo, en un gesto de despedida, y cuando desapareció al doblar la esquina, volví a mi colmado favorito a comprar comida para perros.

—Galance, te lo aviso, ¡como tu pelo vuelva a hacerse pis sobre mis nalanjas, lo depilo a él también!

OceanofPDF.com